Concursos de creación literaria 2024 y 2025

PREMIOS AL ARTE

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria

La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria publica esta recopilación de las obras presentadas a las ediciones del CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA de los años 2024 y 2025, todos de temática libre.

El contenido de todos y cada uno de los relatos publicados es responsabilidad de sus autores.

Por respeto a la creación y libertad literaria, los relatos han sido publicados tal y como los ha recibido la organización, sin corrección ni variación alguna. Incluidas posibles faltas de ortografía o errores gramaticales.

Edita: Ayuntamiento de Candelaria

Depósito legal: TF332-2025

Alcaldesa **María Concepción Brito Núñez**

Concejal de Cultura **Manuel Alberto González Pestano**

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”

Francisco Umbral

Índice **CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2024**

La mujer laurisilva	7
Cautiva	8
La cuentacuentos	10
Adrián Fus, ¡es la hora!	12
Asuntos perdidos	14
Ausencias	15
Basanta de las estrellas	16
Candelaria	18
Dejar de quererte	19
Despedida en prosa de un poeta	21
El amor	23
El baúl	25
El cumpleaños	26
El olor a verdad de la mañana	27
Entre vendas	29
Feliz reencuentro	31
Huérfilo	33
Jaque mate	35
La consigna	37
La cuneta	38
La pescadera	39
La primera canción de la historia	41
Mezzosoporano	43
Miquelas	45
Mujer escarcha	47
Ni ángeles ni demonios	49
Nuevas migas	51
Palabras de amor	53

Perrito bonito 55
Poesía eres tú 56
Puntos de vista 58
Que calle para siempre 59
Relato bien pensado y mal contado 60
Sin aliento 62
Su dirección, por favor 64
Sueños son 66
Tefía (Fuerteventura) 67
Tefía 1955. La noche que no cantó el gallo 69
Vidas ausentes 70
Virginia 71

1er PREMIO 2024

Relato: LA MUJER LAURISILVA

Autora: ELENA BETHENCOURT RODRÍGUEZ

Cuando a Laura le brotó aquella raíz en la cintura, las ramas cargadas de hojas no tardaron en extenderse por sus pechos, caderas y piernas; el cabello se le cubrió de líquenes, hiedra y brezos; y un musgo suave que empezaba en el ombligo le pintó de verde toda la piel.

Desde entonces, los pájaros anidan en la frondosidad de sus bosques y los hombres —atraídos por su olor a sauce y laurel— se adentran en el mar de nubes de la muchacha.

Bajo la lluvia avanzan empapados entre bejucos y lianas por el húmedo sendero sin retorno.

Por más que les advierte de los peligros de la niebla, no escuchan ni entienden que Laura es ahora laurisilva, se adentran en su espesura obsesionados por llegar al origen de su clima subtropical.

Ella, después de amarlos, solo les puede ofrecer el agua que gotea de los tilos. “Les advertí”, susurra mientras mira cómo se pierden sin remedio en la bruma rastrera de la que ningún hombre salió jamás.

2º PREMIO 2024

Relato: CAUTIVA

Autor: MANUEL IZQUIERDO RUÍZ

Puedo notarlo, es el momento de escapar de mi oscura y húmeda prisión. Llevo meses preparándolo, soñando con la libertad, conozco el camino a seguir y sé que no hay vuelta atrás.

Repto con dificultad por el húmedo túnel que apenas me deja espacio para deslizarme por él. No es fácil, pero es mi única vía de escape y cuando por fin veo la luz después de tanta oscuridad, mi corazón se acelera.

Pero algo sucede, mis hombros parecen haberse atascado en el resbaladizo y estrecho conducto que me lleva al exterior. Cuando ya estoy casi fuera me he quedado atorada, maldita mala suerte. Reúno fuerzas y salgo casi despedida con un último esfuerzo.

Ya estoy libre, pero mi felicidad se ve súbitamente truncada, me estaban esperando fuera, cegada por la luz de los focos apenas puedo distinguir las figuras que se agitan a mi alrededor, me sujetan con fuerza y no pierden tiempo, me zarandean como a un pelele sin voluntad y me golpean sin piedad hasta que rompo a gritar; los oigo rodeándome felices y satisfechos con el resultado de su tarea brutal y dejan de torturarme.

Cuando por fin me dejan en paz, intento abrir los ojos y el brillo cegador de los focos a mi alrededor hiere mi vista. He cambiado de celda, pero sigo sola. Ahora las paredes son de frío cristal, está claro que ya no se fían y no me perderán de vista, malditos.

Respiro agitada, el aire quema al entrar en mis pulmones y permanezco presa del agotamiento, tirada como un muñeco roto, boca abajo. No

quiero ni pensar en lo que me espera en adelante, si nacer ya ha sido duro imagina el resto.

3er PREMIO 2024

Relato: LA CUENTACUENTOS

Autora: ELENA BETHENCOURT RODRÍGUEZ

Kanya vaga por las calles de una aldea costera de Tailandia, buscando a alguien que quiera escuchar la única historia que no ha olvidado. Lleva el cabello largo, enredado en la cintura, completamente blanco. Viste un vestido hecho jirones que le cubre hasta los pies, lleno de bolsillos donde guarda caracolas y piedrecitas que encuentra en la arena. Le brillan los ojos, y de sus pupilas se derrama el ansia de hablar. Todos la rehúyen; han oído que sus leyendas pueden hacerse realidad.

Dicen que antes era la cuentacuentos más famosa de la región. Tenía una hija menuda y morena que cada noche le pedía una historia. Sus favoritas eran las que trataban sobre personajes de la naturaleza que venían a visitarlas. Una vez, Kanya le contó sobre un bosque que entraba en las casas de noche para cambiarse de ropa. Como le gustaba dar un toque de realismo a sus relatos, se encargó de que, al levantarse su hija por la mañana, el suelo estuviera cubierto de hojas secas que crujían al pisar.

Otro día le narró la historia de la nieve que bajó de la montaña en forma de muñeco, se sentó en la arena y se derritió mientras debatía sobre los beneficios del sol. Luego, Kanya le señaló un charco en la orilla, asegurándole que eso demostraba que era cierto.

También le habló de mil aves parlanchinas que vivían en los techos de las cabañas y repetían cada palabra que escuchaban. Según Kanya, así era como los secretos de la comunidad siempre salían a la luz.

Una noche de diciembre, le narró la historia del mar solitario, que se acercó a la aldea en busca de una niña con quien jugar. Le contó que, al encontrarla, nadaron juntos con las sirenas, saltaron al agua desde

las ventanas y viajaron a lomos de delfines. La niña escuchó embelesada hasta que el sueño la venció.

De madrugada, mientras todos dormían, una ola gigantesca rompió los diques, cruzó la orilla, anegó la playa y avanzó sobre la aldea. Los barcos surcaron las calles, hasta que el tsunami —igual que vino— volvió atrás.

Desde entonces, todos llevan los oídos tapados para no escuchar la historia de una niña menuda y morena que vive en un sueño debajo del mar.

RELATO: ADRIÁN FUS, ¡ES LA HORA!

Autora: ALEXANDRA MARTÍNEZ MARTÍNEZ

"¿Te arrepientes de algo?". Le preguntó Adrián Fus a su abuela. La anciana, postrada en la cama inmaculada de aquel frío hospital, susurró unas palabras entrecortadas en respuesta. Luego murió.

Con la mirada de los niños expósitos grabada en el rostro y las diez primaveras recién cumplidas, guardó esas palabras en el mismo rincón de la memoria en la que se han de ocultar las confesiones nunca expresadas, los sentimientos no compartidos.

Y fue en verdad sorprendente como aconteció que, en apenas un verano tras la muerte de la honorable abuela, del cabello negro azabache de Adrián Fus brotaron salpicaduras blancas y, alrededor de sus ojos del color del Atlántico, unas arrugas que parecían ser la herencia de la amada abuela difunta, una suerte de álbum de recuerdos, que reclamaba su lugar. De entre todo lo que había aprendido de la anciana, sus últimas palabras emergían como una evidencia de las limitaciones de la imaginación.

Tal era el misterio que emanaba de ellas que Adrián Fus se había labrado una carrera de escritor, impecablemente estructurada, ejercida desde el mismo pueblo en el que se había criado, solo con el propósito de distraer a su mente con palabras que no fueran aquellas últimas. Diariamente, se despertaba antes del amanecer y se sentaba en su escritorio para después salir a pasear junto a su perro, Ataxerxes, en la playa de La Viuda. Siempre a la misma hora, justo después de las tres de la tarde. Era tan invariable su rutina que la señora Lupe, la vecina de la casa contigua sabía que era la la hora del café porque oía la monótona voz de Adrián: Fus decir siempre lo mismo: "Ataxerxes, ¡es la hora!".

Pero aquel día, Lupe no escuchó ninguna exclamación. Ni al siguiente. Al tercero llamó a la policía. Algo había sucedido con Adrián Fus. Los

vecinos barrieron toda la zona, incluido El Socorro, pero no encontraron nada. A la semana, entraron en su casa. No les fue muy difícil, ya que ningún vecino solía dejar la puerta cerrada en la aldea.

En el interior, se amontonaban todo tipo de baratijas, de cuadros, fotografías y enseres. Aquello parecía el museo de toda una vida.

Junto al escritorio, hallaron un pequeño cuaderno de piel con lo que parecía una carta náutica y el texto “Ruta de los Alisios”, que no dudaron en abrir para encontrar una frase repetida de principio a fin que no lograron comprender: “De haber pasado la vida en un mausoleo”.

***

A cien millas de distancia, en medio del Atlántico, Ataxerxes dormitaba mientras Adrián Fus observaba el horizonte desde aquel velero. Fue entonces cuando no pudo contener una vieja letanía:

“Adrián Fus, ¡es la hora!”

Relato: ASUNTOS PERDIDOS

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

Subo por la mañana a la guagua con la seguridad de haber olvidado algo, pero con la angustiosa sensación de no saber exactamente qué, o cuándo, o al menos dónde. Ocupado como estoy en localizar la naturaleza de esta ausencia, no me entretengo como hago a diario en inventar una excitante vida para el resto de pasajeros: no les imagino ni amores ni diputas, no les invento secretos ni los postulo como héroes de insólitas aventuras, no les insuflo en definitiva el regalo de una personalidad.

Ya en el maratón de ocho horas diarias en las que se ha convertido mi jornada laboral, me muestro huraño y confuso por la pérdida, evito dar los buenos días al llegar, no le pregunto al desconocido que día tras día se sienta a mi lado ninguna nimiedad que dé pie a una conversación intrascendente que nos amenice la mañana, apenas ladro un parco adiós al despedirme.

Ya de camino a mi casa, sentado junto a la ventanilla de la segunda guagua del día, descubro por fin qué había echado en falta al despertar. Un amigo me ve y viene hacia mi encuentro para saludarme, me palmea la espalda, me pregunta qué tal me va, me sonríe. Yo me siento abrumado por tanta efusividad, intento devolverle la sonrisa para ganar tiempo y descubro que me resulta imposible.

En resumidas cuentas, lo pido como favor personal, si alguien encuentra mi sentido del humor, que me lo devuelva.

Relato: AUSENCIAS

Autor: SERGIO CAPITÁN HERRAIZ

Me encanta dar la cena a los niños. Aunque debo reconocer que esta noche es la primera vez que les damos potaje de berros a esta hora.

Pero no se han quejado. Mejor así, porque no me gusta tener que discutir con ellos antes de que se vayan a dormir. Es el poco tiempo de calidad que puedo pasar con ellos después de tanto trabajar. En un negocio familiar hay que estar siempre encima, controlando los detalles. Así ha sido desde que mis abuelos crearon la pequeña bodega familiar y posteriormente la expandieron mis padres plantando viñedos por todo el valle.

Estas últimas semanas he estado fuera, tratando de abrir nuevos mercados en la Península y Marruecos. Menos mal que mi pareja es un cielo y se encarga de todo en mi ausencia.

Parece mentira lo que cambian los pibes en veinte días, casi no soy capaz de reconocerlos. La decoración tampoco parece la misma y diría que ese balcón nunca ha estado ahí. Es más, juraría que antes lo que yo tenía era un marido.

Igual me he vuelto a equivocar de casa.

Relato: BASANTA DE LAS ESTRELLAS

Autor: ÓSCAR ANTONIO SIPAN SANZ

Todos soñábamos con trabajar en la fábrica, pero él quería ser faquir. Se hacía llamar Basanta de las Estrellas y tenía esa elegancia natural de los tísicos. Ayunaba durante días con las piernas cruzadas y aseguraba poder parar su corazón a demanda. Quería viajar por todo el mundo, con su túnica harapienta y su sonrisa de niño inquebrantable.

A mí me gustaba eso de ver mundo, pero el ayuno me echaba para atrás: me sentía incapaz de renunciar a comer un higo maduro, al pan recién hecho, a un melocotón robado. Un día, durante el desayuno, le confesé a padre mi desasosiego. ¿Ver mundo? ¿Quién querría ver las calamidades del mundo? Mejor desdichado en la fábrica que feliz en los caminos. Déjate de ensoñaciones y ordeña la vaca antes de ir a la escuela.

Y yo salía a ordeñar la vaca y allí estaban los círculos en el campo de maíz. ¿Quién hace esos círculos, padre? Los comunistas, contestaba sin dudar. Por lo visto, los comunistas marcaban los sembrados igual que nosotros hacíamos la señal de la cruz sobre el pan. En los últimos meses, veíamos luces en el cielo, bolas de fuego que subían y bajaban y, a la mañana siguiente, aparecían aquellos círculos de plantas quebradas y algo chamuscadas en una misma dirección.

A diferencia de madre, a la que sólo veía feliz bordando su ajuar funerario, Basanta de las Estrellas se emocionaba contemplando las pequeñas cosas: las ramas de los árboles mecidas por el viento, el trabajo en equipo de las hormigas, la quietud de los lagartos en las piedras.

Cuando desapareció, también lo hicieron las luces del cielo y los círculos en el sembrado. A nadie pareció importarle. A nadie salvo a mí, que lloré

mucho su marcha, pero supongo que los comunistas tenían grandes planes para Basanta de las Estrellas.

Relato: CANDELARIA

Autora: MARÍA CANDELARIA RUÍZ PACHECO

Candelaria la Rubia se levantó jovial el domingo veintinueve de enero. Se colocó una mañanita de lana sobre los hombros y molió el café. Mientras lo colaba escuchó la misa en la radio. Después hirvió la leche, sacó la lata del gofio y llamó a la familia a desayunar. Al terminar, los chicos salieron a jugar, la hija grande se sentó ante el bastidor del calado y las dos pequeñas vistieron y desvistieron sus muñecas de cartón. Ella se afanó en preparar un rancho, el plato favorito de José, y cuando lo tuvo listo se sentó a esperarlo. Le tocaba bajar de la cumbre; no lo veían desde Reyes. Pero José no llegó para el almuerzo. Candelaria aprovechó la tarde gris subiendo vueltos y remendando sábanas, acompañada por el bullicio y las risas fraternales que llenaban la casa. José tampoco llegó para la cena. Con la magua plasmada en el rostro se fueron a la cama. Ella colocó bien los embozos de las sábanas y repartió siete besos de buenas noches. Desvelada, leyó una novela. Después intentó dormirse, cavilando el porqué del retraso.

El lunes treinta de enero el cielo amaneció negro. Candelaria, taciturna, empezó a oscuras la traquina diaria. El mayor se fue al reparto en la camioneta de la leche, a los otros cinco los mandó a la escuela y la pequeña se quedó con ella. A media mañana las nubes ya descargaban con furia. El aguacero invadió la casa por el resquicio de la puerta. Para recoger el agua cubrió el suelo con trapos viejos. Los retorcía entre las manos cuando aparecieron unos hombres que le dieron la noticia; los otros le traerían a José en unas horas. El llanto ensordeció el ruido de la lluvia y las lágrimas empaparon aún más los tejidos mojados. La niña asustada se le aferró a la falda, buscaba la cara joven de su madre y se encontró con el rostro avejentado de Candelaria la Viuda.

Relato: DEJAR DE QUERERTE

Autora: MARÍA SOLEDAD COLLADO MIRABAL

La edición digital del periódico alcanzaba millones de visualizaciones. A golpe de última hora, atraía la atención de los usuarios Contaba con una audiencia fiel, gracias a la veracidad de su contenido y a los artículos de opinión, ácidos en el diagnóstico y elegantes en la prosa. Estela se había hecho un hueco entre los periodistas de prestigio y firmaba el reportaje con su seudónimo habitual.

Alberto sintió una punzada en el estómago, y un sudor frío le recorrió el cuerpo cuando leyó el titular con su nombre, su cargo, la imputación y su presunto delito.

—Me prometiste que no lo publicarías.

Siguió un silencio desgarrado de tiempo infinito, solo roto por las respiraciones agitadas.

—No lo hice —respondió Estela, arrepentida de haber atendido la llamada.

—Todavía soy inocente—. La voz de Alberto temblaba de ira.

—Es curiosa esa manera de autoengañarte. No, Alberto, oyes lo que quieres oír y crees lo que quieres creer, pretendiendo que los demás sigamos tus delirios. No eres inocente ni con ese todavía en el que te agazapas.

—Eso no lo decides tú. En cualquier caso, pertenece a la intimidad de nuestro hogar. Tu ambición de comunicadora estrella me arrastra por el fango público. Te voy a demandar.

—¿Perdona? ¿Qué dices, muchacho? Te comprarán el relato los jueces, la prensa de tu color y tus colegas de la comisaría, pero incluso

toda esa gente debe leer la íntima verdad que publiqué: has sido un hermano maravilloso, mi compañero de juegos, mi cómplice de trastadas y mi confidente de amores adolescentes, hasta de angustias vitales, pero hay una mujer ingresada grave y unos chicos aterrorizados, sin terminar de creerse que esto les haya sucedido.

—Demándame —sentenció Estela. —No será peor que dejar de quererte.

Relato: DESPEDIDA EN PROSA DE UN POETA

Autor: FRANCISCO JAVIER PÉREZ FERNÁNDEZ

Ya lo ves, Elena mía: aún sigo con mi manía aunque en líneas sin cesuras. En estas horas oscuras sólo así logro atreverme a lidiar con un papel. Quisiera tener tu piel pero tengo una hoja en blanco; quisiera hablar libremente y me encuentro de repente rimando frases idiotas, brindando con copas rotas por lo que no sé decir.

Brindo porque aún estoy vivo y porque voy a morir.

¿Lo ves qué fácil ha sido? Luego dicen que la rima perjudica el buen sentido de lo que quieres contar, y que con tal de rimar acabas diciendo fresa si le escribes a Teresa, y manzana si es para Ana la tontería que escribes. Puede ser, pero si vives la colilla de tu vida acabas pidiendo fuego a cualquier mísero juego que acorte la despedida.

¿A que así no es tan terrible? Me perderé en lo invisible sin decírtelo de veras, te pediré que me quieras mejor de lo que pudiste; seré un muerto, muerto triste, que te aguarda sin remedio entre las piedras y el tedio de la tierra que quisiste abandonar para siempre. Seré embarazo en su vientre sabiendo que no vendrás, que nunca miras atrás, ni piensas en el pasado. Pues ya ves: yo me he acordado de ti en mis últimos días y te escribo poesías que se avergüenzan de serlo, y te quiero todavía con ese amor de estraperlo que me obligaste a esconder.

Lo que nunca pudo ser tampoco es posible ahora, pero ha llegado la hora de que lo mire de frente: te perdiste entre la gente, me perdí entre las palabras, y jugando al escondite el destino no permite que dos tontos le hagan trampas.

¿Qué pasó? No lo sabemos. Por pensar en los demás tenemos lo que tenemos. Es gracioso, ya lo ves: no querrías al vecino ni para servirte un vino y lo aceptas de juez.

Me gustaría decir ahora que ya no importa, pero no quiero mentir porque la vida es muy corta para gastarla en disculpas. Si tú sabes lo que buscas, recibe mi enhorabuena, y si no, llora mi pena con este mismo dolor con que lloro yo el amor que no me quisiste dar. Y el amor que no te di. Y los besos fusilados en paredones dorados que yo mismo construí.

Te recuerdo. No me olvides. Y si algún día le pides a cualquier dios un favor, dile que guarde el temblor de mis manos al firmar esta carta que te escribo. Que lo junte con mis besos y que lo lleve contigo.

Relato: EL AMOR

Autora: MARILÚ RONDÓN CASTRO

La maestra me preguntó por qué no había hecho la tarea y, llenándome de valor, le contesté con la verdad. Le expliqué que me había pasado toda la tarde escribiendo una historia y no tuve tiempo de contestar a la pregunta: ¿qué es el amor? La seño Margarita, que no tiene un pelo de tonta, me pidió que leyera mi historia. Me levanté, y la leí.

El cuidado de las pequeñas criaturas.

Carmelita habría las ventanas para que las abejas escaparan y volaran a su casa, el panal. Si encontraba gusanos en el patio, se las ingeniaba con palitos y pequeñas ramas, para devolverlos a la hierba y que emprendieran un camino seguro, protegidos por la maleza. No les tenía miedo a las arañas y, con la escoba, lograba ponerlas en el jardín para que siguieran tejiendo sus telas. Sabía muy bien que a las orugas no se les debía molestar porque, al final, se convertirían en hermosas mariposas. Caminaba sin pisar las hormigas; de hecho, siempre invitaba a sus amigos a fijarse en todos los bichitos que los rodeaban para evitar pisarlos. En una ocasión, tuvo la oportunidad de abrir la jaula de los pájaros. Lloró desconsolada cuando los vio partir, pero estaba convencida de que libres se divertirían mucho más que encerrados.

Cuando terminé de leer, cerré los ojos esperando la regañina de la maestra. Sin embargo, ella se acercó, me abrazó y, permaneciendo a mi lado, explicó a toda la clase la importancia de cuidar y amar las pequeñas criaturas que forman parte de la naturaleza. Todas ellas son necesarias para mantener el equilibrio de la vida en el planeta tierra. Luego, se dirigió a mí y me felicitó, porque con mi historia logré contestar, aunque no me había dado cuenta, a la pregunta ¿qué es el amor? En este caso, el amor a los animales. Ya en el patio de recreo, mi amiga Elena y yo nos sentimos orgullosas de haber abierto, unos

meses atrás, la jaula que el celador de la escuela tenía en el cuarto de vigilancia.

Relato: EL BAÚL

Autor: FRANCISCO JAVIER PÉREZ FERNÁNDEZ

Cuando yo tenía once años, murió mi abuela, muy viejecita y enferma ya, y entonces llegó la hora del reparto de la casa, los enseres y demás. Para mí fue muy emocionante, porque por fin pude echar un vistazo a todos aquellos arcones de madera, con pinta de contener tesoros, que nunca me habían dejado inspeccionar a gusto.

El más secreto de todos era el arcón de la habitación de la abuela, y allí me dirigí, aprovechando que los mayores seguían en el comedor. El baúl estaba lleno de sábanas bordadas, colchas medio apolilladas, ropas de luto y un montón de cosas más del mismo tipo.

Desilusionado, iba ya a cerrar el baúl cuando localicé a tientas un objeto más duro y dediqué todo mi empeño a desenterrarlo de entre el ajuar de la abuela.

No fue fácil, pero al final saqué un envoltorio de tela que contenía una tetera y una lata metálica de té. Y me extrañó, porque el abuelo siempre fue aficionado al café y aún había por casa media docena de cafeteras.

Tenía sólo once años, pero antes de enseñar el hallazgo a los mayores recordé de pronto uno de esos cuentos que a veces contaba mi padre, y pensé que quizás no fuese del todo inventada la historia del vecino inglés, vendedor de biblias, que desapareció sin dejar rastro y al que todo el mundo creyó regresado a su país después de no haber conseguido vender ni un solo ejemplar en siete largos años que pasó recorriendo la comarca.

No era nada, pero el otro baúl, el grande del salón, ya no me apeteció explorarlo.

Relato: EL CUMPLEAÑOS

Autora: SARA DÍAZ TAVÍO

Siempre recordaría aquel cumpleaños, quizás el primero que le celebraban, no lo sé, pero lo sigue guardando en su memoria como algo frío, raro, lleno de despropósitos.

Primero, aquellos regalos sin emoción, entregados con talante triste, puestos en su regazo con caras melancólicas, como seres perdidos y desanimados, desfilaron frente a ella uno tras otro dejando los presentes. Su vecina, la que siempre llevaba las medias rotas, le ofreció una bolsita con un par de calcetines blancos. El de Catalina, fue igual que el año anterior, una caja con tres jaboncillos lila. Luisito llevaba envuelto en papel de colores unos cuadernos. Pero era su tía, la que le pellizcaba la mejilla y le sonría poniendo fin a aquel cortejo patético, que solo querían comer tarta. Ella miraba con complicidad a la extravagante mujer, y sus ojos por fin brillaban, esta vez una caja de lápices para pintar y un sonoro: ¡Feliz cumpleaños, Rosita!

Mientras, la tarde avanzaba, y la tarta no llegaba. En el pueblo no había tienda de repostería y las gollerías se transportaban de la más cercana. Tanto tardaba, que su madre pinchó las velas en un pan duro, colocándolo en el centro de la mesa, luego puso las manos abiertas sobre la espalda de la niña y empujo su cuerpo contra el borde, intentando acercar su cabeza a las llamitas, pero ella la movía de un lado a otro, resistiéndose. ¡Y no las sopló! Terminaron derritiéndose sobre el pan.

Relato: EL OLOR A LA VERDAD DE LA MAÑANA

Autor: INOCENCIO JAVIER HERNÁNDEZ PÉREZ

Recuerda fragmentos como huellas lejanas en la nieve, en la Ladera de Chafa, de cuando era niño: cabras y perros amigos de las cabras, casas de piedra con las habitaciones justas para no perderse, corderos recién paridos zapateando sobre la húmeda hierba de la Media Montaña.

Le tenía miedo al ruido de los cacharros silbando bajo la lluvia. En realidad le tenía miedo a la noche, al ruido de los cacharros en la larga oscuridad.

Echaba de menos la mirada del hombre en las alas del cernícalo, el limpio pestañeo del ocaso, el sonido del agua cosquilleando el cauce natural de la vida y las campanas tarareando viejas canciones en la plaza del pueblo.

Echaba de menos el gofio prieto en las manos de su madre.

Le cuenta a su nieto que la trashumancia es la poesía del andar. Al menos así lo recuerda. El nieto le dice que conoce la palabra “transhumano”, que viene siendo la fusión entre la máquina y el ser humano.

El abuelo sonríe como si le hubieran regalado una máquina del tiempo, con instrucciones claras y concisas, en letra Times New Roman, veintiséis.

El nieto se pone a trastear con sus trastos: cuelga en la red una fotografía descolorida del abuelo: sus huellas cercanas en la nieve, sus cabras Carmela, Jacinta, Lorenzo, Teodoro y su perro Escondite; la casa familiar, de piedra, levantada con sus propias manos en la edad del porvenir.

El abuelo se asoma a la ventana.

Abuelo, ¿a qué huele la verdad de la mañana?

Relato: ENTRE VENDAS

Autora: CARMEN ROSA GONZÁLEZ MARTÍN

Frente a un plato de sopa de sus manos, abandoné la oscuridad de mi alma, allí donde antes el hermetismo era reino, ahora se rendían mis férreos defensores, se retiraron en banda con sus yelmos metálicos, brillantes, para blandir escudos de flores. Cayeron los muros y construí un puente magnífico, lleno de lianas usnoides para que pasaras, divina y etérea figura de mujer maravillosa, perfumada de formol y otros alcoholes.

— La guerra ha sido tan larga...

Con la mueca hilvanada de la boca hasta la mitad de mi cara e inmóvil en esta cama de hospital, no consigo entender el sortilegio y las ansias por ver llegar un nuevo día.

Cristina brilla, anuncia el despuntar del día y arrulla con su ligero tarareo los pasillos, hace luminosa la estancia. Se me acerca y con sutileza se frota las manos para evitar el roce frío sobre la piel de mis heridas. Parece como si tejiera algodón de rueca el movimiento grácil de sus brazos. Con esmero ella, yo; sin ápice de dolor, me embeleso a cada cambio de las vendas. Percibo como con disimulo corresponde a este amor incipiente, doblando con esmero y tardanza el embozo de mis sábanas.

— ¿Notará mi respiración entrecortada y esta agitación desbocada?

De su sonrisa compasiva colgué la expectativa de una foto de familia, chimenea, niños y hasta un perro. Al paso de su andar, crujiente almidonado, no alcanzaba a balbucear más que un débil y escueto “gracias”; gracias por dejarme admirar tu rostro de porcelana tan cerca del mío. Suspiro; mientras ahuecas mi almohada y enjugas mi frente. ¡Qué inmenso terror el perderte!

No dejaré pasar la ocasión, tomaré la libreta y le escribiré una nota, una poesía, la tendré preparada y en el próximo cambio de turno la dejaré sobre la cama, justo en el espacio vacío que dejó mi pierna, donde tintinea la bandeja metálica con mi dosis de morfina.

Relato: FELIZ REENCUENTRO

Autora: MARÍA CANDELARIA HERNÁNDEZ DÍAZ

Finalmente ha llegado el momento esperado. Ha sido un duro camino hasta el día de hoy y Candela no puede evitar tener sentimientos encontrados. Por un lado, siente un cierto alivio después de tantos altibajos y, por otro, un gran vacío se cierne a su alrededor.

Intenta no pensar demasiado, al fin y al cabo, quedó en darse una rápida ducha y volver cuánto antes, pero de repente cae en la cuenta de que, con las prisas, lleva desde la noche anterior sin comer nada. En realidad, no tiene hambre, aunque sabe que tendrá que hacer un esfuerzo por engullir algo, pues no tiene muy claro cómo podrá desarrollarse el día.

Revisa mentalmente si ha avisado a todo el mundo. No quiere olvidarse de nadie importante, pero, por más que repasa una y otra vez no consigue quedar satisfecha.

Al llegar al recinto ya están allí sus tíos y algunos de sus primos, lo que le tranquiliza y llena de regocijo. Sus primas Goya y Carmen le dan un fuerte abrazo y le animan hablándole de lo bien que está su padre. Algo más tarde llegan amigos y familiares a los que no había visto en años, así que el ambiente se va animando y se cuentan algunos chistes y anécdotas que les hacen sonreír.

Aunque hay algo de picoteo, café e infusiones, decide salir un rato para comer algo más nutritivo en el bar de enfrente. A la mesa se unen algunos amigos y la charla es de lo más divertida.

La jornada va llegando a su fin y siente que tendrá que retirarse en breve. Los últimos días y las noches en vela le pasan factura, pues su cuerpo reacciona con pequeñas convulsiones involuntarias y sabe que no podrá quedarse. Así se lo comunica a sus hermanos, por si deciden cerrar la puerta y dejarla sola, pero su hermana y su sobrina se ofrecen

para acompañarla, al fin y al cabo, será la última oportunidad para despedirla.

Ya en el coche verbaliza con sus hijas y su esposo cómo se siente:

- Les va a sonar raro, pero hoy me lo he pasado muy bien.

- Yo también. Me ha gustado mucho ver a todos los de la pandilla y sus bromas me han animado. Gracias a ellos, por momentos, me he olvidado de que allí estaba el cuerpo sin vida de la abuela.

- A mí también me ha parecido divertido, pero lo más duro será a partir de ahora, cuando nos demos cuenta de que la abuela se ha ido para siempre.

A su cabeza retornan las palabras de despedida que le dedicó en el hospital.

- Gracias mamá, por todo, por tanto. Te quiero, te queremos y te querremos por siempre.

Relato: HUÉRFILO

Autor: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DE LEÓN

Haz lo que quieras con mis cenizas, como si las abandonas en la funeraria, pero no me dejes en el camposanto, porque te perseguiré el resto de tus días. Estas fueron las últimas palabras para Jaime, antes de que cerrara la puerta de este cementerio de toses con flemas, lápidas de pañales y bastones en el que me dejó.

Jaime, a sus cuarenta y un años, fue tan consciente de todo ello como lo fui yo cuando, con su edad, le atizaba con duchas frías para calmar sus rabietas de niño sabiendo que solo era alimento para mi ira. El que me castiga ahora es aquel niño que fue, aquella criatura desamparada, sin el consuelo de una madre en la que refugiarse cuando yo llegaba borracho. Comprendo, desde mi altura, que quien recibe tal represalia ya no está.

Ahora, quizás por mi cercanía a los cipreses, recapacito sobre la paternidad. Un crío que nunca me llamó papá, un huérfano de su único amor. Esa cobarde que nos abandonó y se marchó tras los abrazos de un miserable; ese, al que le brindó su bandera blanca, sin querer utilizar las armas de las que disponía. Me dijo que la quimioterapia no la dejaría sentir la vida que le quedaba y, no contenta con ello, me regaló, en su último suspiro, mi propia cobardía, para que obsequiara amor a quién no es de mi sangre.

Yo, que trabajé sin descanso, le di una casa decente y todo lo que su pobreza jamás hubiera soñado, y ella ¿engendra un hijo con otro que solo le dio tiempo? No le pedí sinceridad, no le supliqué certezas, ese último aliento se lo debió llevar a la tumba.

Después de tres meses sin verlo, Jaime, apareció. Se agachó frente a mí, me apretó las manos contra su pecho, clavó sus ojos en mi padecer, y una lágrima con el peso de un iceberg, recorrió su cara hasta caer en

mi silla. Sacó de su carpeta un sobre, donde pude ver el membrete de una clínica, y lo depositó sobre mis muñones. Me dio un beso en la frente, se levantó, caminó hacia la puerta sin soltar su mirada en mí, cogió todo el aire que cabe en una despedida y, soltándolo de golpe, me dijo: «Cuídese, padre, que la vida no le de lo que se merece».

Uno es un aprendiz toda la vida y esta, te va convirtiendo en un erudito en errores.

Cuando ya estás serenamente curtido en sus estaciones, llega la Parca, y te suspende.

Pero cuándo un impedido, sin fuerzas, necesita su final ¿qué puede hacer para encontrarlo? ¡Padre!, esa era mi esperanza, y, sin embargo, su madre sin ser consciente, arrastrándome en su error, me la arrebató.

Relato: JAQUE MATE

Autora: MAGDALENA MARRERO MARTÍNEZ

La muerte se presentó durante la noche, implacable. Se sentó en mi cama y me mostró dos cartas. Era evidente que tenía que escoger, pero no estaba preparada para ese viaje infinito. Sin salida, mi destino dependía de una cara o una cruz. La muerte no hablaba, solo me miraba con impaciencia, su juego la hacía sentir segura, pero mí decisión con tan pocas opciones no era muy grata. ¿Cómo podía yo burlar a la muerte? Saqué mi juego de ajedrez y nos sentamos una frente a la otra, no se pudo resistir y eligió las negras. Se frotó las manos dejando su guadaña a un lado y comenzó la batalla. La estrategia era mi salvación, pero… ¿quién puede engañarla? Intenté dilatar la partida lo más que pude: me tomé mí tiempo para mover ficha, mientras ella mantenía un porte de triunfo. El tablero se fue despoblando de soldados y, justo cuanto el jaque mate era evidente cogí su guadaña y le corté la cabeza. La muerte burlona me guiño un ojo. Hoy había ganado la partida, pero sabía que tarde o temprano volvería y en esa ocasión solo llevaría una carta.

Con los años enfermé. El diagnóstico era desalentador; me pasaron a la sala de paliativos. La morfina corría por mis venas para calmar el dolor, la enfermera entró muy decidida, me quitó el catéter, me retiró el oxígeno y puso su mano sobre mi pecho. Fue entonces cuando la reconocí:

- ¡Me debes una partida cualquiera no me corta la cabeza! - me dijo.

Cumplía ciento diez años, ya no podía ni con mi alma, las décadas me pesaban como una losa.

- Por favor estoy cansada, -le dije- apenas puedo moverme, he perdido la ilusión y has ganado tú partida. Llévame.

- ¡No, no! – Replicó la muerte-. Perdona mi retraso he estado muy ocupada. Te devolveré la juventud. Tendrás tantas vidas como triunfos en el tablero. Nunca me había divertido tanto.

Relato: LA CONSIGNA

Autor: CARLOS FERNÁNDEZ SALINAS

El gran campeón visita Gondar, su tierra natal, al norte de Etiopía. Demsew Gizaw ha vencido en maratones disputados por todos los confines del planeta, el de su ciudad es el único que le falta para completar su brillante palmarés. Ante una expectación inusitada, la carrera comienza con los corredores más laureados del momento y corresponsales deportivos ávidos por redactar una crónica épica. Bajo un cielo de un azul infinito, el gran campeón va en cabeza con varios cuerpos de ventaja. Se vislumbra un nuevo triunfo, el definitivo, el que cerrará el círculo para convertirlo en leyenda. Empero, a menos de dos kilómetros de la meta, Demsew inesperadamente se desvía hacia una acacia solitaria en mitad de un descampado. Ante la sorpresa de sus rivales, el gran campeón permanece absorto durante unos segundos buscando una señal en la corteza del árbol. Luego, retoma la carrera a una velocidad sobrehumana, pero insuficiente para lograr la victoria. Rodeándolo con sus micrófonos y cámaras fotográficas, los periodistas le preguntan ansiosos el porqué de esa extraña actitud que le ha privado del triunfo. Todavía jadeando por el esfuerzo, Demsew Gizaw les confiesa que en ese descampado empezó a entrenar acompañado de su familia y que su madre grabó en el árbol una inscripción a modo de consigna. Los periodistas corren a la acacia y entre empujones alcanzan a leer: «Demsew, deja ganar a tu hermanito o te quedas sin cenar».

Relato: LA CUNETA

Autor: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DE LEÓN

Guillermo es un follador compulsivo. Encuentra en el sexo, el amor que perdió en un accidente de moto aquel año en el que su libro, El sexo del miedo, ganó el prestigioso premio internacional de novela: Galdós.

Guillermo imparte talleres literarios por todo el país. Es muy generoso y dice, que le hace inmensamente feliz cuando logra que uno de sus lápices tardíos escriba, porque es como arrancar al infierno, otra alma solitaria. Vaga entre sábanas de alumnas de sus talleres y camas de hotel con compañeras de certámenes literarios y ferias del libro, a las que es invitado. Guillermo embelesa a cada madre de sus alumnas con su sonrisa y la pasión de su oratoria las hace soñar en ser sus suegras, tanto, como derrite las escopetas vetustas de los padres. Todo esto amalgamado con su aroma a colina Nenuco. Es un hombre maduro, de rizos canos, con vestir clásico. No lleva joyas ni reloj, porque dice que le roba el tiempo a cada uno de los sentires que le afloran en su caminar. Su mirada magnética atrapa a las mujeres que su sexo luego destruye. Es de figura hidalga, paso sereno, gustos nobles y corazón inquieto.

También es socio de Aldeas Infantiles y tiene apadrinados a tres niños peruanos. El diez por ciento de las ganancias de sus novelas lo dona a la liga feminista de mujeres maltratadas.

Guillermo no conoce tormento, sabe lo que es amar, lo que es el miedo, el dolor, la soledad, su fama; y sabe que su literatura perdurará más allá del daño infringido a cada mujer que abandona en la cuneta.

Relato: LA PESCADERA

Autora: MARÍA TERESA PÉREZ GÓMEZ

Amanecía. Los reflejos rojizos ondeaban sobre el agua y la chalana avanzaba lentamente en dirección al puerto. En la playa, algunas gaviotas irrumpían en el susurro de las olas buscando su comida. Las imágenes recordaban a un cuadro de Sorolla.

Dejé la cesta sobre la arena, me recogí la falda y caminé con los pies desnudos al encuentro de mi barquero. Pedro estaba feliz, señal de que la mar había sido generosa.

Colocamos los remos a los lados de la barca y, como niños abriendo los regalos de reyes, separamos los musgos y fardos mojados, para contemplar nuestro tesoro: gallos, cabrillas y salmonetes aún aleteaban y abrían las branquias agarrándose a la vida. Los pulpos alargaban sus tentáculos en un intento de escapada.

Era la primera pesca en veinte días. Emocionados, nos sentamos en una roca y tomamos un trozo de bizcocho mojado en café, que había hecho en la madrugada. Luego, nos repartimos la mercancía: mi marido llevaría dos cubetas llenas de pescado a un restaurante cerca de la playa, y yo debía caminar un buen trecho por las veredas, con la cesta en la cabeza, hasta llegar a la carretera general del sur.

El estrépito de las excavadoras lastimaba mis oídos y la nube de polvo amarillenta apedreaba mis pequeños ojos azules. Un técnico de las obras me comentó que pronto finalizarían las obras de la doble vía entre Candelaria y Güímar, y acabaría ese caos. Sus palabras me dieron aliento y seguí adelante con el propósito de vender toda la mercancía. Algunas clientas me pagaban con monedas; otras, me daban un cesto de papas o de verduras a cambio de pescado. ¡Pescado fresco!, seguía pregonando por las calles, pero nadie acudía a mi llamada. Agotada, decidí regresar. Por suerte, mis vecinos, Carmen y Luis me llevaron en

la parte trasera de su camioneta hasta casa. Mi marido dormía recostado en un sillón, con un sobre en la mano. Me tumbé junto a él. Su torso tostado y atlético, estaba descubierto y olía a perfume; ¿qué raro?, me dije. Los monstruos torturaban mi cabeza. «No le voy a comprar el motor para la barca, ¡qué siga remando!», dije en voz alta. Él se despertó sonriente y me quedé desconcertada. Tenía una buena noticia que darme. A sus treinta y cuatro años, dos más que yo, acababa de aprobar las oposiciones para trabajar en el Banco Hispano Americano. «¡Nuestra vida va a dar un giro de ciento ochenta grados, Edita!», me dijo.

Relato: LA PRIMERA CANCIÓN DE LA HISTORIA

Autor: INOCENCIO JAVIER HERNÁNDEZ LÓPEZ

La evolución humana no sería tal, si un tal A hubiera compartido carne de reno con un tal B. Puede que al revés. La información de la carne. La evolución de la carne. A y B, jefes del clan A y B, espectivamente, se enfrentarían a muerte por las presuntas cuatro últimas piezas proteicas de las navidades del Paleolítico Superior. Probablemente, dada la fuerza poética y salvaje de los primeros homínidos y la poesía inherente a toda hambre acumulada, las letras mencionadas y otras letras muertas de frío habrían perecido en la disputa. ¿Quién sabe si esa misma noche no inventaron los ceniceros de cráneo? Mi primo Alejo tuvo uno a los once años. No fumaba, pero el cráneo molaba. Ese verano ligó mucho. Le dijo a todo el mundo que tenía un cráneo de un hombre diminuto fallecido en una bronca rupestre en el cuerno de África. Y un montón de cigarrillos mentolados que le había ventilado a su tía la de Benalmádena.

El clan C, que pasaba por allí persiguiendo un mamut, se refugió en la Cueva A. Exterminaron al clan A con unas piedras afiladas de última generación. Luego, siguiendo las huellas de los muertos, visitaron al clan B. Encendieron una hoguera con troncos de árboles extintos. Apareció una bruja con cabeza de ave. Cercenó la cabeza de dos conejos gigantes y se los dio de comer a los futuros difuntos. El clan B estaba feliz de la muerte. C, la mujer ave, la primera líder del Paleolítico, creyó ver la palabra amistad caer del cielo como un copo de nieve, pero solo era una bola blanca que desaparecía en el suelo. Y comenzó a cantar la primera canción de la historia: El clan A tiene carne de mamut pa' alimentar a las generaciones futuras hasta la última glaciación. Todo el mundo sabe que la carne de mamut es más cara y más jugosa y se congela mejor. Carne de mamut, carne de mamut…

B, hipnotizado por la belleza de la mujer ave, desplazó su corazón y sus gentes al porche de la Cueva A. Una familia de osos recién salidos de

una hibernación sin precedentes en el linaje de los grandes osos del Norte, pasaba por allí. Percibieron el olor a miedo humano. Salivaron estalactitas. A esas alturas del cuento ya habían descubierto que el sol de madera no quemaba de lejos y que daba gustito y que los resfriados de los oseznos se curaban mejor al calor de las llamas. También que la carne de los hombres de piedra tenía más hueso que carne y que el interior de los huesos se daba un aquel con las raíces recién nacidas tras la larga oscuridad.

Relato: MEZZOSOPRANO

Autor: IVÁN LEÓN ALONSO

Nunca me gustó la ópera. Cuando era universitario le intenté dar una oportunidad para dármelas de aficionado al arte clásico, pero no hubo forma. Acabé detestándola. Sin embargo, años después sin buscarlo ni esperarlo la ópera invadió mi vida robándome el sueño.

Por entonces vivía en un quinto que compartía rellano con un piso desocupado. Desde que me mudé estaba vacío, pero una madrugada de verano, en la que un mosquito me estaba atormentando, sentí unas voces. Comenzaron suave y luego se intensificaron. Alguien estaba cantando. No me di cuenta al principio, pero era La traviata. Inesperado. ¿Ópera a estas horas en un piso vacío? ¿Se habría mudado alguien? Ni idea. Al par de días se repitió. Eran las dos. Afiné el oído. La flauta mágica esta vez. Di un golpe a la pared esperando que parase y volví a intentar dormir.

Pasaron las semanas y las noches de ópera no cesaban. Todos los lunes, miércoles y viernes a las dos. Podrían hasta sacar su propia agenda cultural. No lo aguantaba más.

Una noche que estaba desvelado escuché como intentaban abrir la puerta del piso de al lado. Corrí sigilosamente hacia mi puerta y eché un ojo por la mirilla. Había dos mujeres bastante cercanas la una a la otra en el umbral. Pensé en salir y echarles la bronca por el ruido que estaba seguro que harían en breves, pero no me atreví. Volví a la cama. Al rato comenzó la función.

A los pocos días, al volver a casa del trabajo, me encontré con alguien saliendo del piso. Un hombre. Me saludó y me explicó que el piso era de su suegra fallecida y que lo iban a reformar. Espero que su suegra no fuese cantante de ópera, pensé.

Saló del piso al rato una mujer que me presentó como su esposa. ¡Era ella! Era una de las que cantan ópera de madrugada. Me quedé ojiplático mirándola.

- ¡Eres tú! - no puedo evitar soltar.

El hombre la miró y sonrió.

- La reconocen en todos lados - dijo mientras la abrazaba - De las mejores mezzosopranos que hay.

- Sí, alguna vez la he escuchado cantar - añadí.

Ella se rió nerviosa. Se puso como un tomate. Tras unos momentos se marcharon. No se volvería a escuchar ópera en el piso de al lado.

Relato: MIQUELAS

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

Aún la oscuridad era tan profunda, que la luz de aquella pequeña y desgastada vela apenas guiaba a Candelaria por el interior de su hogar. Sin embargo, ya se oían aproximarse a lo lejos los inconfundibles caminares de Tomás, que llegaba junto a Jacinto, su perpetuo compañero, con sus andares cansados y parsimoniosos, acompañados del tintineo del viejo candil, que golpeaba monótono en su crin, y para el que toda una vida de carga pesaba más que aquellos pocos cestos colmados de tierra.

Pronto llegarían Eulalia y Carmen para comenzar a empaquetar las piezas, así que la castigada Candelaria se apresuró a ayudar a su marido a descargar los cestos para tender al sol su preciado contenido y poner en remojo el masapé. Además, Jacinto debía descansar algún tiempo antes de volver a cargar sus molidos riñones con las vasijas de camino a la capital.

Y así, cuando la noche estaba sucumbiendo un día más al sol, la vieja Candelaria empezaba a remojar el masapé con paciencia pero sin demora con su raído vestido de florecitas y sus manos aún impregnadas de almagre.

—¿Cuántos años ya en aquel oficio invisible? —pensó la anciana para sí misma mientras trabajaba en silencio bajo la única mirada del alba que nacía ya creciente por el horizonte—¿Cuántas figuras levantadas del simple barro y cuántos sueños ahogados día tras día en aquellas vasijas de agua y vueltos a crear entre aquellos marchitos dedos? ¿Cuántos deseos pedidos en vano a las ascuas del fuego que se alejaban volando en el viento?... ¿Y para qué? ¿Acaso alguien mantendría aquel secreto vivo tras su partida? ¿Acaso siquiera alguien sabría algún día que ella y tantas otras existieron?...

Y entonces Candelaria comenzó a cantar, no por ganas o alegría, sino porque a veces es más fácil que pensar.

Relato: MUJER ESCARCHA

Autora: NOEMÍ MARTÍN GONZÁLEZ

Eva era pequeña y fría como un copo de nieve. Su madre, Beatriz, también era una mujer helada. Y la abuela Ana siempre había sido un témpano. Sin quererlo, se habían convertido en un trío de «mujeres escarcha». En un mundo gélido, era lo que tocaba. Para sobrevivir, lo mejor era congelar las emociones y llenar de granizo los oídos. Que la piel se hiciera dura y resbaladiza. Que los insultos y golpes no llegasen al alma.

Nunca habían hablado de la violencia que habían sufrido, de la sangre coagulada. Del invierno perpetuo. Era lo habitual. Vivir entre palabras feas. Inmovilizarse. Quedarse petrificadas.

Una mañana, Eva se percibió extraña. Un insólito calor inundaba su vientre glacial. Hacía días que notaba el corazón acelerado. No era normal porque ella nunca sentía su cuerpo. Se había desconectado de él con la primera bofetada de Juan. Entonces, decidió comentárselo a su única amiga. ¿Estaría enferma? Judith le recomendó hacerse un test de embarazo: efectivamente, un minúsculo y brillante iceberg se estaba formando en su interior.

A partir de ese momento, en lo más recóndito de Eva, junto al pequeño iceberg, empezó a crecer una bola de luz. Cálida y refulgente. A medida que pasaban las semanas, la luz iba haciéndose mayor y derretía todo lo que encontraba en su camino. Disolvía miedos y fracasos. Licuaba la amargura y, presurosa, abría paso al sol.

Cuando Eva supo que esperaba una niña, hizo la maleta y se fue lejos. Él no sabía que ya no era hielo sino agua de manantial que empezaba a fluir libre y valiente. Un arroyo tintineante y limpio.

El nacimiento de Luz cerró el círculo de «mujeres escarcha» de la familia y fundió el corazón de la abuela témpano. Por fin, hablaron con calma y valentía. Mirándose a los ojos, sin rocío en las pestañas. Se acabaron los inviernos constantes y la soledad. Nunca más nevó en el pecho de Eva.

Relato: NI ÁNGELES NI DEMONIOS

Autor: JUAN CARLOS PÉREZ FERRER

A don José le pesan los años, sale del bar con andar lento acompañado de su hijo Manuel que sabe muy bien que a su padre no le gusta que le ayude a bajar el escalón, se queda atento junto a él por si acaso...

Ya de vuelta a casa, Manuel nota que su padre va contrariado.

"¿Qué te pasa? pa´, te veo medio revirado".

"Es por la conversación que tenían al lado cuando estábamos tomando café... ¿Tú los oístes?, poco menos que los que vienen en cayuco son el diablo en persona".

"Mira... yo te he dicho muchas veces que yo salí de aquí pa´ Venezuela de ahí abajo... junto a la Playa Chica. Embarcamos de noche, a la callada, sin papeles, después de juntar y pedir con mucha pena el dinero pa´l pasaje... cuatro mil pesetas por el pasaje... Así fue como embarqué con otros en El Roquito, el velero apenas tenía unos veintitantos metros de eslora... Salimos sin papeles, ni visado, ni vainas"...

"Llegamos a La Guaria no sé ni cómo... de lo que pasamos en esa travesía, algo te he contado". "Ahí tenías al hijo de Cristóbal, que embarcó conmigo en El Roquito. ¿Tú lo oíste? Que vienen sin papeles, que vienen a robar, que eso es todo mierda"...

"Yo sé que las Islas son las que son, no cabemos muchos. Eso está claro. Y esto es un problema, y un problema arrecho... Yo no sé la vida ni la historia de los que vienen en cayuco. Yo no sé, si como estaban diciendo, vienen en barcos grandes y después los sueltan en cayucos cerca de nosotros. Lo que sí sé es que el hambre y la necesidad es la misma estés donde estés y seas quien seas. A mí el hambre y la situación me empujó a la cubierta de El Roquito, embarqué con la

esperanza de mejorar mi vida... Y mejoré y volví. Tengo la suerte de estar vivo y contar lo que te estoy contando. Ahora... Cómo cambia la vida, carajo... Vienen de fuera en cayucos, un día y otro día".

No te voy a decir que son angelitos... son personas, tendrán sus esperanzas y su dolor, como yo... Tú sabes que a mi padre lo fusilaron... Tu abuelo no te vio nacer... Vete tú a saber la historia de cada uno de los que vienen en cayuco... ¿Qué son ruínes? ¿Qué vienen a robar? No sé. En El Roquito había un paisano nuestro, un isleño como uno que era malo... malo... Yo y otros lo salvamos de que lo mataran a trompadas... se formó una en el fisco de cubierta de aquel barco... lo querían tirar por la borda. Le había robado a uno que iba con nosotros, a Juan, una taleguita que llevaba con una medallita chiquita de plata"...

"Bueno, hijo... perdona si te canso contándote esto... con ochenta y dos años sobre los hombros sé que a veces me pongo un poco matraquilloso"...

"Bueno, lo que te quería decir es que yo creo que los del bar están equivocados, muy equivocados. Los que vienen en cayucos son personas. No son ni ángeles ni demonios".

Relato: NUEVAS MIGAS

Autora: MARÍA DE LOS ÁNGELES WEHBE HERRERA

Los inicios nunca son fáciles, menos aún cuando eres una mujer madura. Lo había pensado bien, de modo que lo invité a que marchara a esos otros brazos que lo esperaban. Las circunstancias lo habían querido así y yo lo empujaba a ello con certeza y sin pena alguna. No quedaba espacio en mi vida para él.

Era algo extraño, impensable en mí. De temer el qué dirán, había pasado al me es igual, me resbala lo que digan o piensen los demás. Siempre había tenido una dependencia emocional y física de su persona; ahora renegaba de ella, aun sabiendo las dificultades que encontraría. Los comentarios por lo bajo, las miradas crueles y las críticas mordaces, todo con premeditación y alevosía. Aún así, seguía decidida a ello, a renacer como el ave fénix. Nada me hacía desistir ni siquiera la incertidumbre. Fantaseaba con ella como si caminara sobre arenas movedizas, aunque sabía que no me hundiría. Era excitante, y hacía que me sintiera fantástica e inmortal.

Surgió la oportunidad de volverme a enamorar y de amar. Esta vez de una forma desconocida para mí. Era todo un desafío. Sentía una infantil alegría, como una niña cuando recibe un presente inesperado. Volvía a beber los vientos por alguien, y surgían sentimientos olvidados como la ternura, la bondad o la gratitud.

En el trasiego del dar y recibir, había perdido mi corazón, el cuentagotas de recibir siempre estuvo presente, sobre todo en el amor. Ese alguien siempre estuvo conmigo. Nunca le presté el mínimo interés hasta que decidí tomar cartas en el asunto. Esa desconocida era yo misma. Sí, sí yo ¿Te sorprendes? Pues así era. Por eso, ahora toca amarme, quererme, respetarme. Sé que es algo que debo practicar con serenidad, dulzura y paciencia, aceptando las caídas como un

aprendizaje, no como un chantaje o autosabotaje. No deseo volver a errar. Demasiadas equivocaciones en los caminos del destino y en las elecciones que por amor he tomado.

Tengo una nueva oportunidad de sentirme viva, ilusionada y agradecida. Se ha cerrado una pesada puerta, insufrible y odiosa, abriéndose una nueva, ligera y engrasada. A través de esta he conocido a mi nueva compañera de vida, todo un reto. Toca ponerse las botas y salir con ella a recorrer los nuevos senderos, aquellos que me permitirán encontrarme conmigo una amiga muy especial; la soledad.

Relato: PALABRAS DE AMOR

Autora: MARÍA DE LOS ÁNGELES WEHBE HERRERA

Hoy ha sido un día agotador, con final dulce como un caramelo de café y miel. Al llegar a casa me senté en el porche, necesitaba descansar unos instantes, la jornada laboral había sido intensa. Atardecía y contemplé la tarde junto a mi nieta Anastasia. Nos sentíamos prendadas con el ocaso veraniego que presenciábamos. Los ocres, naranjas, rojos, malvas y negros inundaban el cielo como si fuera la paleta de colores de un pintor al óleo.

Mi nieta es una niña de ojos de girasol, mirada limpia, risa contagiosa y refrescante. A sus vivarachos ojos no se les escapa nada. Mientras disfrutábamos de esta hermosa imagen, mirándome hipnóticamente con melodiosa e infantil voz me preguntó: «Abu, ¿qué es el amor?».

Su pregunta no me sorprendió, es una niña muy curiosa. Anastasia y yo tenemos una relación muy especial. Ella piensa que soy una enciclopedia con piernas, brazos, ojos, y boca. La miré dulcemente a ver que podía atisbar en su carita de niña de ocho años. Tierna y serena le dije: «mi querida Anastasia, el amor eres tú, es lo que tú me das todos los días cuando abres tus brazos y besándome te agarras a mi cuello diciéndome «cómo te quiero, Abu». Es el cariño que sientes cuando te llevo a tu cama a dormir y te leo tu cuento favorito; sí, ese de la princesa y el guisante, o cuando llegas del cole y me pides para merendar esas torrijas que tanto te gustan. El amor lo sientes cuando despiertas por la mañana con la sonrisa de mamá, mientras te da un beso en la mejilla, o cuando papi juega contigo a la oca o el parchís y se deja ganar por ti. Es que tú, mi querida niña, te sientas calentita con el pijama de franela que usas para el invierno o que salgas corriendo a acariciar a Rufo cuando te recibe a lametazos, moviendo su rabito a tu vuelta del cole.

El amor sabe dulce, a algodón de azúcar, a manzana con caramelo, a regaliz de fresa, y helado de chocolate. Huele a colonia de Nenuco de

la que mamá te pone. ¿Lo entiendes, amor mío? Eso es el amor, mi niña. Sentir, mientras tú me miras y yo a ti, cómo nuestros corazoncitos hacen pum, pum y se dan un abrazo sin que sea necesario decir nada, porque el lenguaje del amor es único y no necesitamos palabras, linda Anastasia, solo vivirlo para sentirlo».

Relato: PERRITO BONITO

Autor: JAVIER VÁZQUEZ LOSADA

— ¿Y cómo sé yo que mi perro no va a sufrir daño alguno?

—Eso, eso, ¿qué clase de garantía nos puede dar?

Eduardo Martín se mordió las uñas como siempre que se ponía nervioso. El estreno de la lavandería canina había convocado a todos los dueños de perros de los alrededores.

—Tranquilos—les dijo Eduardo—las lavadoras caninas que he inventado son completamente seguras... tanto, que yo mismo les haré una demostración.

Eduardo Martín eligió al efecto la más grande de cuantas había en su lavandería, la destinada a los canes de mayor tamaño. Apretó las teclas necesarias para que el programa se pusiese en marcha y, acto seguido, se despidió sonriente de los expectantes amos y se metió en la lavadora.

Hoy, la mayoría de ellos le recuerda mientras acarician a sus perros con verdadera sensación de alivio.

Relato: POESÍA ERES TÚ

Autor: JOSÉ LUIS GARCÍA HERRERA

El poeta Julián Gredos, perteneciente a la generación poética del 80, padece Alzheimer. Desde hace siete años vive ingresado —y tristemente retirado— en una residencia de Aranjuez, al sur de la provincia de Madrid. Desde que se le diagnosticara la enfermedad no ha publicado ningún libro, no ha escrito ningún poema y no hay concedido ninguna entrevista. Pero como soy mujer —y siempre fue un hombre muy atento con el deseo de sus lectoras— y gracias a la mediación de la directora del centro —que también es mujer y le ha preparado para este día—, ha accedido a mantener una entrevista conmigo en la modesta biblioteca de la residencia. Es una ocasión única, dado que hasta la fecha ha rechazado hablar con nadie sobre su obra. Aunque el poeta vive totalmente alejado de la vida cultural, todavía son muchos los lectores que siguen interesándose por su obra poética. Por lo que, y aunque no debiera ser así, noto sobre mis hombros el peso enorme de la responsabilidad. Cuando entro por la puerta el poeta ya está en la sala, sentado junto a la directora. Ella se incorpora cediéndome el sitio y llevando a cabo unas presentaciones que no son necesarias, pero que forman parte del protocolo y de la cortesía. Me muestro muy nerviosa cuando estrechamos nuestras manos y no puedo evitar que se me escapen unas lágrimas de emoción cuando repite mi nombre como si fuera la primera vez que lo pronunciara. Son muchas las preguntas que llevo preparadas. Preguntas para las que, cerrando los ojos y evocando los recuerdos, encontraría respuestas para todas ellas en el fondo de mi corazón. El director del periódico La tribuna, para el que trabajo desde hace nueve meses, me ha encargado este reportaje porque conoce mi pasión por la poesía y mi afinidad afectiva hacia el poeta. ¿Qué es poesía?, le pregunto para romper el hielo, posando una mano sobre su brazo izquierdo y evocando recuerdos de niñez, tras mis primeras lecturas. Él, mirándome muy fijamente, y tras unos segundos de un profundo silencio en el que ninguno de los dos osa decir nada, garabatea

cinco palabras sobre un papel que me entrega doblado en cuatro partes. Sus ojos azules muestran el fondo de un mar en calma, de un mar lejano de invierno en el que quisiera hundirme. Me sonríe como disculpándose. Sé que, pese a mis deseos de que no sea así, la entrevista ha terminado. Un muro infranqueable nos separa. El poeta se levanta, hace un gesto de despedida y se va arrastrando los pies. Abro el papel y leo: ¿y tú me lo preguntas? Antes de que desaparezca por la puerta me da tiempo a susurrar, con lágrimas en los ojos: ¡Gracias, papá!

Relato: PUNTOS DE VISTA

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

Entrecerrando los ojos, el mundo se llena de pestañas.

Partiendo de este fenómeno insoslayable, resolví inundar de pestañas todo aquello que me desagradara, abriendo por el contrario mucho los ojos ante la visión de las personas, cosas o noticias que me gustaran.

De esta forma, me granjeé mala fama entre los políticos porque al parecer les molestaba mi forma de mirarlos. También descubrí que, por el mismo motivo, tampoco caía bien a todos aquellos que utilizan con exceso y desproporción una autoridad casi siempre prestada. Sin embargo, no todo fueron desavenencias, porque mis amigos y amigas me felicitaban continuamente por la limpieza de mi mirada.

Después se me agrió el carácter, y no solo entornaba los ojos para encarar al político corrupto, al juez endiosado o al policía violento por vocación, de tal forma que poco a poco me fue siendo cada vez más difícil abrir los ojos para contemplar las cosas tal como son, y hoy día solo en contadas ocasiones puedo apartar alguna de los millones de pestañas que cubren mi mundo.

Relato: QUE CALLE PARA SIEMPRE

Autora: MARÍA CRISTINA MONTESINOS GUTIÉRREZ

Los rayos de luz se colaban tímidamente a través de la desgastada cortina gris, mientras un incesante ejército de hormigas daba el último adiós a los despojos de la alfombra. En el aire viciado se dibujaba la estela de las dudas y el cóctel de atuendos precipitados por el suelo reflejaba su caótica existencia.

Sebastián, o Chanito el del cuatro, nunca tuvo madera de líder. Siempre anduvo en la sombra, ocultándose tras sus gruesas gafas de pasta negra, imitando los hábitos de los más carismáticos del barrio. Comodín a conveniencia de sus camaradas.

Con vacilantes pisadas peregrinaba hacia el sofá por el ceñido pasillo, cual péndulo de horas disfrazadas de plenitud y confusos recuerdos. Titubeante como en todas y cada una de las decisiones que había tomado en su vida.

Como de costumbre, impetuosas melodías camparon a sus anchas entre las cómplices paredes de su guarida, pero sus apesadumbrados párpados cargaban con el fruto de los excesos y la culpa. Sus días y sus noches narraban un bucle infinito.

La olvidada colcha de algodón, que aún desprendía ese característico olor a nuevo, se convirtió en esos instantes en su fiel carcelero, abrigando sus miedos y dando cobijo a su ya doblegada voluntad.

El instinto no le tendió la mano y el bullicio se tornó en revelador silencio. La rueda continuó girando y su complejo de náufrago hizo el resto.

Relato: RELATO BIEN PENSADO Y MAL CONTADO

Autor: JUAN IGNACIO FERRÁNDIZ AVELLANO

Aplasto el mosquito contra mi brazo y me mancha la manga con mi propia sangre. Con ese hombre perdí la virginidad a medias. Atravesé la gran avenida vacía sudando bajo la tormenta. Mi piel es como una cáscara por dentro, y detrás está la vida. Mi pasado fue razonable hasta que no pude más y me hice funcionaria. Viví años en la isla con ganas de poder ver el mar alguna vez. En la sala de despiece al final de la cadena cada día ordenaba el género; era tan buena que un año se me escapó vivo uno de los cerdos.

En el colegio solo me sabía las fechas en las lecciones de historia. Cuando dejé de llorar los payasos acababan de irse. Los cuerpos que caminan por el campo los días de niebla parecen almas. Se hacía tan bien el muerto que lo único que le fallaba era la respiración. Mi viudo reza por mi alma antes de dormir después de tener sexo con su segunda esposa. El borracho de la biblioteca hace trampas para terminar los crucigramas. Cuantas más vueltas le doy, menos me muevo. Desde que no hacemos el amor en la bañera nuestra relación se ha vuelto más sucia. Cuando la lavadora comienza a centrifugar los guantes parecen querer escaparse. Después de arreglar el pinchazo decidí sacar el coche de la fábrica de clavos. He dejado de tomar la soluciónde polvos que me recetó el médico y se me han pasado los mareos que me producían al dar las vueltas con la cucharilla.

El hombre invisible pasó por mi vida desapercibido.

“Pero escribe cosas que se puedan entender”, me dice mi alumna analfabeta. El BMW de la PYME aparcó junto al BBVA y, de pronto, me entró hipo. Un día discutimos el dueño de mi corazón y yo; él se fue y tuve que dárselo, desde entonces mi cardiólogo no me habla. Soy la mascota de mi gato: juego sujetando un hilo que él agita con la zarpa, me acurruco a deshoras en una esquina del sofá mientras él limpia la

casa con su cola y cuando me lavo, lo miro en posición acrobática de virtuoso del contrabajo, al tiempo que él echa números para el pago de la hipoteca. La televisión se enciende sola por las noches y yo me levanto a apagarla mientras veo que los concursantes se asustan de mí. Sabía bailar muy bien el vals, hablaba camboyano, tenía diecinueve años, pero se le cortaba la mayonesa, por lo que no la cogieron en el casting. No creo en el circo desde que sorprendí a la mujer barbuda orinando de pie detrás de un árbol.

Mi número favorito era el 11. Es aterrador caminar por la nieve, mirar hacia atrás el camino recorrido y descubrir huellas de dinosaurio.

La paradoja no existe, los milagros sí. Todo es mentira, aunque no lo parezca.

Esto no es un relato, me dijo el presidente del jurado del concurso tras leerlo; entonces, ¿por qué me has dado el premio?, opuse yo.

Relato: SIN ALIENTO

Autora: HERMINIA PAZ DIONIS PIQUERO

Querida:

Fuiste aquella mujer firme de ánimo y templada sonrisa que conseguía robarme el aliento. Tu presencia bastaba para vaciar mi garganta de aire y de paz, de ahí que te creyera especial, tan por encima del mundo, que pensé en hacerte mi esposa y así te lo propuse.

Me respondiste con un suspiro, siempre respiraste con facilidad, que entendí como favorable; si bien insististe en que, por seguir con la tradición, formalizara la petición con tus padres. Yo, ahogado por esa mirada sofocante, accedí y en una mañana sin brisa me presenté en tu casa.

Nunca les había visto, por eso me impresionaron los crujidos de los pasos de tu madre acercándose a la puerta. No conocía criatura humana que pudiera provocar tal dolor de oídos sólo caminando.

Se abrió la cancela, entré y, completamente sordo, seguí por el corredor a la enorme figura que abarcaba la anchura del pasillo.

Sus brazos rebotaban en las paredes y del frotamiento se producían unas chispas que, debido a la falta de oxígeno, por fortuna se apagaban.

Mi pulso alocado por la visión sufría un ataque de asma. Por eso, cuando llegué al salón tosía con una expectoración escasa y espumosa; mis bronquios sin su elemento apenas se inflaban para sostenerme en pie. Tu padre, hundido en una butaca gigantesca, esperaba sentado.

Era más inmenso y desproporcionado que su cónyuge y tú le acariciabas la cabeza con toda la mano en un gesto que provocaba más terror que compasión.

Intenté decir algo, pero sólo surgió el chillido de un estertor sibilante y eché a correr antes de que me estallaran los pulmones.

Ya en la calle y libre de la asfixia pensé en ti, y con la inteligencia perfectamente oreada, llegué a la conclusión de que no debías ser tan especial como creí en un principio, de ahí que dé por roto el compromiso.

Eso de que me falte el aire en tu compañía, tan solo es cosa de familia...

Relato: SU DIRECCIÓN, POR FAVOR

Autora: ANA RUTH ESTEBAS BARTOLOMÉ

- Lo siento, el formulario está incompleto. Necesitamos que indique su dirección actual.

Pero María lleva toda la vida escondiendo dónde vive para que su madre pueda empezar de cero en algún sitio. Por eso se queda paralizada en la oficina del ayuntamiento donde tiene que recoger la documentación que le han pedido para empezar con los papeles y dejar todo arreglado. Como si se pudiera arreglar algo.

Se recuerda a sí misma agarrada al barrote blanco y frío con ganas de saltar al vacío. Seis años y medio y la soledad de la noche. Era un 5º, con todas las ventanas a la calle. María casi no se acuerda de aquel pequeño piso. Que siempre hacía frío. Que los árboles de la calle casi alcanzaban el tercero… No entendía por qué las paredes del pasillo tenían moqueta y el suelo no. Habría sido mejor pisar moqueta que baldosas frías, ¿no? El único que se divertía con eso era Caramelo, su gato. Corría de un lado para otro subiéndose por las paredes.

Pero tuvieron que salir de allí. Ahora sí, las dos solas, para lo bueno y para lo malo. Entraron en aquel 2ºA, con un balconcito que parecía de juguete. Se suponía que tenía que alegrarse porque tener un balcón era subir de categoría. Pero era tan pequeño que si quería tomar el sol tenía que hacerlo de pie.

A sus nueve años se mudaron al otro lado de la ciudad. Al 3º izquierda, en primera línea de trapicheos. Cuando llegaron, no había nadie en el portal ni en las escaleras de madera, que crujían, claro, como en los cuentos de miedo. Habían llegado en metro a aquella calle secundaria cargando con dos maletas cada una y una mochila escolar, la de María. Tres pisos sin ascensor para asomarse, después de lograr desenrollar

unas persianas de madera, al parque más triste del mundo. Ya había gente haciendo negocios y era todavía de día.

Pero el otro lado de la ciudad no fue suficiente cobijo. Las encontró.

Y llegaron al 2º interior B. Pero que muy interior. Al entrar al portal había una escalera, pero no era la suya. Había que atravesar un patio y subir por aquella otra del fondo. Era un piso tan pequeño que la misma ventana servía para el salón y el baño, el tabique del medio dejaba pasar el aire y la luz. Para alegría de las cucarachas, claro. Qué feliz habría sido aquí Caramelo.

Pero el ruido que bullía siempre en aquella corrala no amortiguó ni los golpes ni los gritos de su madre aquella tarde. María estaba en ese momento doblando camisetas y calcetines. Supo enseguida que el miedo con el que vivían se había transformado en carne y sangre.

- ¿Señorita? No puedo sellarle la documentación si está incompleta. Si prefiere puede pedir otra cita y volver otro día.

Relato: SUEÑOS SON

Autor: SERGIO CAPITÁN HERRAIZ

La escena se repite curso a curso y la plaza de la patrona de Canarias lleva ya unos cuantos viéndonos crecer.

Así, todas las mañanas, al esperarla en su portal para ir los dos andando a clase me fijo en Añaterve, Pelinor, Beneharo y compañía. Siguen siendo enormes, pero diría que menos que años anteriores. Quizás seamos nosotros los que nos hacemos mayores.

Suele ser puntual, pero me encanta cuando se retrasa escasos dos minutos y, nerviosa, pone alguna excusa. Si no se le olvida el libro de mates es un crayón rojo o el desayuno de media mañana.

Yo le quito importancia con una sonrisa, le doy los buenos días de rigor y entonces hablamos de los sueños que nos ha regalado a cada uno la noche. A veces son extraños y nos miramos desconcertados. Otras veces ni siquiera los recordamos.

Si le toca examen suele estar más seria y menos habladora de lo habitual. Esos días mira de soslayo al mar antes de comprobar compulsivamente la hora a la vez que se pasa el pelo por detrás de la oreja. Entonces me invento un sueño en el que todo son sobresalientes y alguna matrícula de honor. Sonríe, y solo por ese preciso y precioso momento queda ya justificada mi mentira.

Quizás algún día le diga de quedar un poco antes y sentarnos en un banco frente a los Menceyes a contemplar amanecer. Y, con lo idílico de la postal, atreverme a contarle mi fantasía más recurrente.

En ella, el resto de los compañeros se van y nos dejan solos con el taco de exámenes en la sala de profesores, mientras el tiempo se detiene para nosotros.

Relato: TEFÍA (FUERTEVENTURA)

Autor: JOSÉ LUIS REGOJO BORRÁS

1964

Yo, María o Mario, ya no sé cómo me llamo. Tengo veinticinco años y voy camino de Tefía.

Desde que me subieron a este camión, he dejado de vivir y empiezo a sobrevivir. No sé lo que duraré, ni quiero pensar qué me aguarda. Sea lo que sea, mi mente no se lo puede ni imaginar. Es inconcebible, demasiado atroz.

El papel se emborrona con mis lágrimas y el rastro de tinta se difumina. Apesta aquí dentro. El miedo nos genera incontinencia. El camión está reduciendo la velocidad, lo noto. Ha frenado, risas, pasos, se abre el portón. La noche.

2024

LA VÍCTIMA

Ha pasado toda una vida y sigo sin poder olvidar mi llegada a Tefía, cuando aún no sabía si era Mario o María. Mario murió allí, pero aquellos golpes dieron vida a María.

Esta mañana, encontré el texto con la tinta emborronada por las lágrimas de aquella noche trágica, cuando me arrestaron y torturaron hasta dejarme en esta silla de ruedas.

Toda la vida he tenido presente esa noche, pero hoy, cuando vaya a tomar el café de cada día con mis vecinas y algunos de sus maridos, se lo leeré y le miraré a la cara. Él, el marido de mi vecina, sabe que fue uno de ellos, aunque nunca lo ha confesado. Él lo sabe.

EL TORTURADOR

Ocurrió el día de mi cumpleaños y por eso le odio. Sí, a mi padre. La gente cree que con 8 años un niño no recuerda. Es mentira. Mi padre se aprovechó de mí. A partir de esa fecha, abusó de mí con regularidad, y mi madre ni se enteró, o no se quiso enterar, nunca lo sabré.

Años después, destinado en Tefía, le vi bajar del camión. Era el vivo retrato de mi padre joven. Ese momento de estupor pasó a otro de odio y poder que me dio a conocer al que soy ahora. Incluso mis superiores, orgullosos de mi trabajo, pusieron mi nombre a un sistema de tortura para maricones.

Con la democracia, el destino me llevó a ser vecino suyo. Él, o ella como es ahora, lo sabe. Yo, también. Lo malo es que ese maricón de mierda, que va en silla de ruedas, sigue siendo la imagen idéntica de mi padre. Sin embargo, eso no es lo peor, sino que mi hijo, sangre de mi sangre, sea uno de esos pervertidos. Estoy convencido de que no es mío, es de la puta de su madre. Llegará el día en que ya no lo resistiré, no me podré contener. Sé que estoy en la cuenta atrás para limpiar mi apellido de manera definitiva, para que solo lo lleve un hombre.

Relato: TEFÍA 1955. LA NOCHE QUE NO CANTÓ EL GALLO

Autora: SARA DÍAZ TAVÍO

Lloró, mientras se sacaba el cinturón del uniforme, de un uniforme gris como las vidas de él, y de todos los presos que vivían en Tefía, allí se lo ajustó al cuello, subió a la silla que había colocado en el centro de aquella habitación, que olía a orín y a óxido de sangre, igual que en las carnicerías. Y en la oscuridad de la noche sin luna, lo invadieron los recuerdos de su infancia y juventud, dando respuesta a su frágil personalidad, a su contenido sufrimiento. La lista de agresiones tanto por parte de su padre, como de los compañeros de escuela era interminable. Además de presenciar durante muchos años las humillaciones y el maltrato a su madre… Y ahora con ya casi treinta cumplidos, había caído allí, también por la influencia de su progenitor. Entre aquella jauría diabólica, que ladraban todo el día los mismos insultos con desgarradores gritos e hirientes carcajadas: «maricón, escoria, putas de mierda, mujerzuelas, degenerados, sarasa, etc.» Los allí encarcelados deseaban morir más que vivir. Él desde su puesto de vigilante, no podía hacer nada por aquellos pobres jóvenes, solo deseaba que fuera una pesadilla y despertar pronto. Dejó de comer, de dormir, sus ojos veían la vida en blanco y negro. Nada tenía sentido. Enganchó el cinturón en el hierro retorcido de aquel cuarto de torturas que tanto odiaba, dio una patada a la silla y se quedó colgando en el vacío. En esos últimos segundos pensó: Que ya no sería cómplice. Y sintió alivio, al tiempo que su cuello se rompía. Esa noche no oyó cantar al gallo.

Relato: VIDAS AUSENTES

Autor: JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ LÓPEZ

Contaba nuestra bisabuela Luisa que las humildes edificaciones del caserío de Pasacola, en la parte alta del valle de Igueste, estaban construidas con paredes de piedras y barro, reforzadas con bloques de toba roja en las esquinas y coronadas con una techumbre de varas de madera y paja. Vivían allí unas pocas familias entre los barrancos del Saltadero de las Gambuesas y el Salto de Chajarche.

En aquellos desgraciados años, la mortalidad infantil era elevada entre los niños menores de dos años y seguía siendo preocupante entre los menores de diez. Cuando un bebé o infante fallecía, los padres no reutilizaban sus pobres ropajes para no transmitir a otros su mala fortuna, evitando condenarlos así a una posible corta vida. En cambio, introducían, con sumo cuidado, su menguado ajuar en alguna talisca de las paredes o del techo de la casa, para que la esencia del fallecido siguiera con ellos y protegiera de malos agüeros a todo el clan.

Los foráneos quedaban asombrados cuando preguntaban, a los oriundos, cuántas personas vivían en alguna de aquellas cabañas, porque sus inquilinos respondían con la suma de los efectivamente vivos, más todos aquellos menores fallecidos que su memoria alcanzara a recordar.

Número menor muy distinto resultaba cuando se les inquiría por las bocas que comían en un determinado hogar, lo que ya resultaba mucho más lógico dado el reducido tamaño de las rústicas edificaciones.

Constataba doña Luisa, con mucho énfasis, la gran sabiduría de aquellos antepasados nuestros, que sólo consideraban como desaparecidos con la muerte a todos aquellos que caían en el olvido.

Relato: VIRGNIA

Autor: JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

En la villa devastada de Rodmell, en el sureste de Inglaterra, el cielo es gris y huele intensamente a azufre y resuenan como ecos lúgubres las detonaciones y los motores tétricos de los bombarderos alemanes que sobrevuelan la diminuta figura de Virginia Woolf, cuya mirada se llena de espanto mientras sin saber qué hacer escribe una nota desesperada en el jardín de la Casa del Monje, el nuevo hogar que sustituye a su viejo apartamento de Bloomsbury, ahora inhabitable, corroído por las termitas de las bombas. Virginia sale a pasear por las calles pobladas por apenas nadie excepto espectros errantes, algún perro pulgoso y niños tísicos y caminando desnortada—escuchando dentro de su cabeza un cóctel de voces misteriosas—llega a la ribera del Ouse, un río caudaloso y bravo, tan vitalista que la escritora cree que pudiera ser su ataúd, su féretro de agua, el sarcófago donde por fin descansar para siempre. Arrebatada por un rapto de genialidad, Virginia recoge piedras de la orilla que de inmediato introduce en los amplios bolsillos de su gabardina hasta que considera que el peso es suficiente y se zambulle en el río y se tumba boca arriba, contemplando un cielo que amenaza metralla. Cuando la mortaja del agua la recubre, Virginia cierra los ojos y recuerda las sirenas antiaéreas y piensa en Hitler y recuerda a su hermanastro abusando sexualmente de ella y piensa en sus traumas, silenciados, en su extrema frigidez, en sus depresiones maniacas, en las insufribles voces mentales y en sus tentativas de suicidio, en los antidepresivos y en los arrebatos de libertad literaria y entonces— cuando la bruma se cierne sobre ella— imagina que está viendo a la señora Dalloway y a Lily Briscoe y a Orlando, bailando en corro, sonriéndola, invitándola a entrar en una habitación propia donde una—cualquier—mujer logre ser libre y feliz.

Índice **CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2025**

Pantalla	75
Mujer de sal	77
Todas queremos bailar con Enzo	79
¡Qué tiempos corren!	81
A vida o muerte	83
Agua	84
Ahora es una isla llamada Melancolía	86
Almas en la basura	88
Amor de un día	90
Con los pies descalzos	92
De ruido a melodía	94
El arte de las palabras	95
El dueño del tiempo	97
El neologista	99
El otro	100
El poder de las palabras	101
El puntito de alcohol sobre la I de serrín	102
Emprendedor	104
Hay un monstruo bajo mi cama	105
Imprescindible	107
La amanecida	109
La memoria de la sal	111
Lección de historia	113
Lluvia	114
Luto	116
Manos de sal	118
Mi abuelo y yo	120
Monólogo con cariño	121
Nakupenda	123

Odisea 125
Se llamaba Ulises 127
Tomas falsas 129
Un adiós sereno para un hola eterno 131
Un hueco en la mina 133
Una aguja en un pajar 135

1er PREMIO 2025

Relato: PANTALLA

Autor: FRANCISCO JAVIER GARCÍA MORALES

Al término de la llamada, no tardo en confirmar la noticia. Para entonces, ya es tendencia en toda América Latina: «Conmoción en la región por la muerte de Alejandro Colmenares». La ausencia a mi alrededor me obliga a investigar su nombre, el cual se repite entre titulares, homenajes y despedidas escritas en esa red invisible donde todo se dice, pero nada permanece.

A pesar de ello, la sala sigue vacía. El ataúd, cerrado. Las galletas, en su envoltorio. El café, frío. Afuera, el rumor de la calle es apenas un murmullo lejano. Aquí dentro, solo el zumbido del teléfono interrumpe al silencio.

Vibra una vez. Luego otra.

En mi pantalla iluminada, las notificaciones se suceden en un flujo intermitente de cercanos mensajes: «Qué dolor tan grande», «Siempre en nuestros corazones, Jandro», «Me juraste volver, hermano», «Gracias por tanto, maestro Colmenares».

Unos pasos rompen el silencio. Firmes, pero pausados, sin atisbo alguno de quien llega con el peso de una despedida pendiente. El sonido monótono de su avance sobre las baldosas impregna el vació de una tensión callada.

— Han enviado cuatro coronas más. Todas desde el extranjero – Dijo María con cierto atisbo de sorpresa en sus palabras.

Asiento sin decir nada. No sé qué responder. Ella tampoco insiste, quedándose en silencio un instante, observando la escena.

Las despedidas en redes siguen llegando, palabras elegidas con cuidado, como si al escribirlas se pudiera conjurar la presencia de quienes aquí faltan.

Me remuevo en la silla y miro el féretro. Sigo sin comprender cómo alguien puede llenar las redes con mensajes de despedida y, sin embargo, no recibir un solo abrazo en su partida.

Concluyo amargamente que, sobre algunos, la muerte parece alcanzarles tres veces durante la fugacidad de una sola vida: Cuando son obligados a dejar su tierra, cuando mueren en su camino y cuando la distancia entre ambas impide que nadie pueda acudir a velarlos.

María recoge las tazas con el café intacto. Yo permanezco quieto, observando sin decir nada. Afuera, la tarde sigue avanzando indiferente.

Tras su pantalla, le siguen llegando flores. Tras mi pantalla, le siguen llegando mensajes.

2º PREMIO 2025

Relato: MUJER DE SAL

Autor: TOMÁS VALENTÍN GONZÁLEZ AHOLA

Te doblas sobre la mar seca. Las manos rojas arrancan la sal, que se rompe, pero hiere. Siempre hiere.

Así te enseñaron madre, yeya. Todas.

El último café del camballón se enfría en el infiernillo, en casa, pero Roque no llega en su chalana castaña y celeste, porque era como tu pelo y tus ojos. Dos Hermanos observa, impasible, el océano vacío. El campanario de San Mateo, amarillo, calla. Les da igual.

Los niños se marcharon buscando las Américas. Hace un año que te dices que quizá en Venezuela no hay papel, que el barco del correo se fue a pique, como tantos. Las manos rojas arrancan el detrito blanquecino del océano bravo, que te susurra palabras ominosas sobre cada pequeño corte. Te los imaginas chicos, diciéndoles que no entullen el plato, que coman, porque los ves tan frágiles como los polluelos de un chivito. Ya no lo son. Quizá ni siquiera sean ya. Solo magua.

Y Roque no llega en su chalana castaña y celeste, cuando todos han amarrado ya. Dos Hermanos observa, impasible, el océano vacío. El campanario de San Mateo, amarillo, calla. Les da igual. Son de roca. Primero novia, luego esposa, después madre. Pronto serás enfermera cuando los huesos de Roque no le dejen reclamar a la mar el sustento. Los tuyos han de aguantar a maresía y temporal, como los de madre, como los de yeya.

Un grito desde el Puertito hace que te endereches. Los huesos te avisan, de repente, de que además de novia, esposa, madre y enfermera, serás vieja, como todas ellas.

Una figura corre hacia ti a la altura del Arenisco. Es Candelaria, como la virgen, pero ella se casó vestida de celeste y sin ramo de azahar. Gustavito, su niño, se marchó con los tuyos y a él también le decía que no entullase el plato. Tampoco escribió.

Dos Hermanos observa, impasible, una chalana a la deriva en el océano. Se escora. Nadie al timón. Castaña y celeste. San Mateo, amarillo, habla de difuntos con sus campanas. Y Roque no vuelve.

Blanca, rígida y con una mueca sempiterna que nadie osaría interpretar. Ahora eres todas: madre, yeya y las que lasprecedieron. Compartes sus heridas, inmóvil, quebradiza, parida por el sol y el océano. «No me entullen el plato», piensas.

Eres Edith, la esposa de Lot, aunque el dios que dispuso tu castigo hable solo la lengua cruel de la mar.

Mujer de La Punta. Mujer de sal.

3er PREMIO 2025

Relato: TODAS QUEREMOS BAILAR CON ENZO

Autora: CARMEN GLORIA DE LA ROSA MORO

Frente al espejo de la sala de baile Enzo se peina los rizos con los dedos. Bajo los focos es un hombre vulgar, de mediana edad y ojos de sapo, en el que Federica no se hubiera fijado jamás. Pero entonces él le tiende la mano y Federica acepta. Bailar con Enzo es un hervor de feromonas, un paseo en descapotable por la Costa Azul, botellas de champán que se descorchan al amanecer. Caminar descalza por la playa con los tacones en la mano, el vestido de seda verde remangado y el rímel corrido. Y bañarse entre la espuma de las olas mientras a lo lejos suena la orquesta del Casino y no sabemos cómo hemos llegado hasta aquí.

Enzo suelta la mano de Federica y se la ofrece a Mariela. Bailar con Enzo es para ella un viaje en el Orient Express. Entrar en la penumbra de un café en Estambul que huele a hachís y al sudor excitado de las parejas en la pista de baile. Es derretirse a fuego lento entre los brazos de un amante espía, cocinarse en la sensualidad de la música que brota de los instrumentos de un cuarteto de turcos bigotudos tocados con fez.

Enzo olvida a Mariela en Estambul y su mano se acopla a la de Bárbara. Bailar con Enzo es un estallido de trompetas que rompe las nubes, es Enzo transformado en toro y ella cabalgando sobre su lomo. El retumbar del coro de La Valquiria en el estómago ¡Ay, Bárbara!

Una pausa. Enzo se seca el sudor de la frente con la toalla. Suena ahora música para Alma y bailar con Enzo son lágrimas de amor, de miedo y de vergüenza. La sorpresa de su cuerpo, sí, su cuerpo, que gira y gira con Enzo como si no fuera suyo. Es adrenalina: que la persiga Jack Nicholson con un hacha, entre la nieve, sin que llegue a alcanzarla nunca.

En unos minutos acaba la clase, miramos con disimulo el reloj de pared. Esperamos en una esquina. Atentas a un gesto de Enzo, a que suene la música que él elige para cada una de nosotras. Al contacto con esa

mano que nos hará cruzar la puerta de Tannhäuser. ¿Quién sabe? Ese vértigo de asomarnos al abismo: de desconocer quiénes seremos mientras danzamos. En quién vamos a convertir a Enzo.

Relato: ¡QUÉ TIEMPOS CORREN!

Autora: MARÍA TERESA SOUSA COUTO

Sentada en el bar remueve su café con leche, mientras con el rabillo del ojo observa su imagen en la amplia cristalera del bar, el tinte lila le queda bien, le rejuvenece, sus canas se convierten en destellos multicolores, las arrugas apenas si perceptibles en la imagen le sientan bien, se gusta. Recoloca su pelo y compone su postura. Es toda una dama, sin duda, como le gustaba a su papá.

“Es buena hora” se dijo, parejas jóvenes iban llegando y ocupando las mesas mientras ella seguía removiendo solemnemente su café con leche.

Su mirada se pierde por el bar. “¡Qué tiempos dios mío! ¡Qué tiempos!” murmura mientras observa a las jóvenes parejas besarse con fruición intercalando comentarios, cigarros y algún que otro sorbo de sus vasos.

Hace tiempo que nadie se fija ya en ella, ni en su rectitud, simplemente forma parte del decorado, del ambiente.

Sigue con la mirada la evolución de los más osados, esos que incluso se atreven a tocarse por encima e incluso (fue testigo de ello) por debajo de la ropa, sus manos se crispan y su rostro se tensa, “¡qué tiempos dios míos!, ¡qué tiempos corren!” murmura de nuevo sin dejar de observar la evolución amatoria de una pareja situada en la zona más tenue, ella se sube encima de él y le hace carantoñas con cara de niña inocente, él la mira con rostro congestionado mientras acaricia su trasero y sube poco a poco sus manos por debajo del jersey, la chica se ríe y se mueve un poco.

Se siente morir, casi le duele respirar, aprieta sus piernas mientras se sujeta con las manos a la mesa, la chica besa al chico, éste sigue acariciándola por debajo del jersey, no puede más, se le escapa un

pequeño gemido, tarda unos instantes en recomponerse, siente como el placer va escapando de su cuerpo en pequeñas oleadas.

Respira, se levanta con cuidado, se vuelve a mirar en el espejo y recompone su traje, una dama siempre tiene que estar bien compuesta como diría su padre, incluso tras un sutil orgasmo y es que ¡qué tiempos corren, dios mío!

Relato: A VIDA O MUERTE

Autora: MÓNICA MARÍA DORTA BENEDICTO

La gente emocionada le aplaudía en el circo, lugar donde tantas veces antes habían disfrutado de la fortaleza y el poder del guerrero. Pero hoy era distinto: aquel que había causado dolor en una multitud de ocasiones, el que combatiente impasible, el marcial arrollador, era el que recibía el cruel castigo.

Todos, admirados, jaleaban al valiente guerrero. Había recibido azotes, latigazos, puñetazos; y ahí seguía, impertérrito, erguido, inalterable y sin el mayor síntoma de dolor en su rostro. Parecía inmune a todo lo que estaba sucediendo, se sentía espectador de su propio destino. Entonces se giró hacia la grada y los miró. Todos, respetuosos, callaron. Alzó la voz y dijo:

- ¿Por qué gritáis? ¿Qué os emociona? ¿Tanto os place ver a un hombre que ya no siente nada?

Se hizo el silencio. Un silencio desgarrador, atronador, ensordecedor. Tras unos segundos, el público comenzó a abandonar el recinto hasta quedar totalmente vacío.

El valiente guerrero quedó solo, vacío. Miró a un lado y otro y ahora sí, sin testigos, se dejó morir. Comenzó a llorar. El humano sintió, el humano vivió.

Relato: AGUA

Autor: JOSÉ LUIS PULIDO CALVO

La plaza está casi vacía. Solo el rumor de las olas y la sombra de la Basílica de Candelaria. El aire huele a incienso y sal. Ella espera sentada en el muro bajo, los pies descalzos rozando la piedra tibia.

Él llega en silencio, como si flotara.

—¿Has sentido alguna vez que el deseo no es de carne, sino de alma? —pregunta ella, sin mirarlo.

Él se sienta a su lado, tan cerca que sus rodillas se rozan, pero no se tocan.

—A veces sueño contigo —responde—. Pero no es tu cuerpo lo que busco en mis sueños. Es tu luz. Tu voz. El temblor que dejas en el aire cuando respiras cerca de mí.

Ella cierra los ojos. El sol le acaricia el cuello. Siente la presencia de él como una corriente, un fuego que no quema, pero arde.

—Me gustaría ser agua —susurra ella—. Entrar en ti, sin forma, sin nombre. Fundirme. No saber dónde terminas tú y empiezo yo.

Él sonríe. Le toma la mano, apenas, la yema de los dedos sobre la piel.

—Ya somos agua —dice—. Ya somos uno, aunque el mundo insista en dividirnos.

Una gaviota cruza el cielo. La brisa levanta el vestido de ella, apenas un suspiro. Él la mira y en sus ojos hay una devoción antigua, un compromiso sin palabras.

—¿Te das cuenta? —dice él—. No necesito tocarte para sentirte. Basta con cerrar los ojos y dejar que tu presencia me atraviese.

Ella lo mira, y en ese instante, el deseo se vuelve proposición. El roce de sus manos es una unción. El calor, una plegaria.

—He amado antes —dice ella—. Pero nunca así. Nunca con esta hambre de eternidad.

Él la besa en la frente, lento, como si besara su alma.

—No somos dos cuerpos —murmura—. Somos un solo temblor. Un solo misterio.

El mar, al fondo, aplaude. El sol se esconde tras la Basílica. Y en la plaza, solo quedan dos sombras entrelazadas, respirando juntas, como si el amor fuera agua.

Relato: AHORA ES UNA ISLA LLAMADA MELANCOLÍA

Autor: DANIEL MELIÁN GARCÍA

¡No te lo vas a creer! Ha sido un verano para recordar.

Mientras sus padres aguardaban las maletas, Marta, recién aterrizada en Madrid, descolgaba su teléfono para contarle a su amiga del alma, Silvia, la experiencia que acababa de vivir en su reciente viaje a la isla de Tenerife. Temblorosa aún, la emoción le recorría cada palabra, como si el aire cálido de la isla aún estuviera abrazándola.

¡Qué bello es Candelaria, Silvia! Cada mañana, al despertarme abría la puerta del balcón y entraba en mi pecho una sutil brisa marina, elixir de la vida, el mar entero frente a mis pies, un azul intenso que aguardaba misteriosos relatos.

Una mañana, antes de desayunar, bajé a la playa para pasear por la arena y fue, como decirlo, ¡inolvidable!, me crucé con él, con Daniel, un joven del pueblo, alto, de piel morena cincelada por el sol, cabello oscuro ligeramente despeinado a merced del viento marino, sus ojos enormes y negros parecían hablarme de la vida. Estuvimos conversandotan plácidamente que me había olvidado del desayuno, así que regresé rápidamente al alojamiento y quedamos en vernos después de cenar, en el paseo marítimo, y así fue, querida Silvia, como todo comenzó.

Nos veíamos todas las mañanas temprano pero también todas las noches después de cenar, compartimos historias pero también las creamos, reímos con cada palabra y descubrí que se necesita tan poco para ser feliz. Me enseñó cada rincón de su precioso pueblo pesquero,

conocimos la historia de los guanches, y bailamos juntos en las fiestas de la Virgen de Candelaria, patrona de las Islas Canarias.

Candelaria no dejaba de regalarme momentos especiales.

Fue un amor intenso, y aunque sabía que se iba a acabar y que los días de sol no durarían para siempre, exprimía cada segundo con Daniel para volar de felicidad.

De repente, la voz cortante de su madre la transportó de nuevo a la realidad: “¡Marta, el taxi nos está esperando!” Marta miró a su madre y asintió indolente con la cabeza.

Silvia, lo siento, te tengo que colgar, ha sido maravilloso, te llamaré a la noche.

Mientras caminaba hacia el taxi no pudo evitar sonreír, sabía que Tenerife estaba a miles de kilómetros, pero la huella de un verano inolvidable siempre permanecerá en su memoria. Ahora es una isla llamada Melancolía.

Relato: ALMAS EN LA BASURA

Autor: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DE LEÓN

La calle donde nací era ruidosa y colmada de polución. Estaba situada a las afueras de la ciudad, aunque hoy es casi parte de ella. Nada que ver con la calle Aljibe en donde vivo desde hace seis años.

Soy fruto de un mestizaje de sentires, una amalgama de experiencias y

pensamientos de mis padres, pero muy bien planificado, se sentían tan orgullosos de mí, que me presentaron ante señores importantes con una especie de ecografía de la época. Me pusieron diferentes vestimentas en unos bocetos sobre como querían que yo fuera. Es curioso, en todos, aparecía con colores sombríos, apagados, como con falta de vida queriendo anunciar mi humildad y a la vez, mi gran utilidad. En el fondo, sé que fui muy buscado, porque pulieron todos mis detalles con la maestría que solo unos padres con experiencia y estudios, sabrían hacer.

La calle Aljibe es muy importante en mi ciudad, está situada en la cara norte y la atraviesa desde el poniente con una zona comercial en su inicio, continuando, en su parte central, con un espacio amplio y cultural donde se encuentra la biblioteca insular, el palacio de exposiciones, un instituto de bellas artes y, varias galerías de pintura. Esa zona la conozco bien, pues viví ahí durante casi un año, justo enfrente de la famosa dulcería, El Anarquista, donde se fabrican toneladas de sus riquísimas montañitas de merengue, para terminar en lo más alto de su cuesta, con una parte residencial, que es donde vivo ahora. Llegué aquí por error, el cual me ha dado la oportunidad de conocer a mi gran amigo Rogelio.

Rogelio es un entendido y enamorado de su tierra, estudioso y defensor de su cultura, me relata el porqué del nombre de mi calle con tanta pasión, que es imposible no quedar absorto con cada uno de sus

detalles. Él, argumenta que el aljibe es trascendental en la historia de esta tierra, que es un depósito normalmente subterráneo y cubierto, en donde sus ancestros, guardaban el agua recogida tras las escasas lluvias, para luego, abastecerse durante el tiempo largo de sequía. No me extraña que le hayan puesto ese nombre tan importante a la calle donde habito. Rogelio enmudece y me deja sin terminar la historia, nunca le gusta hablarme cuando ve pasar a la gente. En otra ocasión me había dicho que no le atraía la idea de que lo vieran hablando conmigo, porque luego en El Castigo, el bar donde toma el café, lo señalan y se ríen de él.

Ojalá entendieran, que todas las almas necesitan ser escuchadas, aunque sea, por un viejo contenedor de basuras.

Relato: AMOR EN UN DÍA

Autor: ÁNGEL MARIO FERNÁNDEZ DÁRDANO

Francisco caminó con el ramo de flores. Ya no estaba en edad para jugar al admirador secreto, pero allí iba, directo a la casa de Elisa. Y en Navidad.

—Feliz Navidad, don Francisco —gritó Carmen, la vecina más chismosa. Él saludó con la cabeza apenas, sin detenerse.

Frente a la puerta, se arregló el cabello, se sacudió la chaqueta y, como un adolescente de setenta y tantos, tocó con los nudillos. Elisa apareció, serena, con una sonrisa diplomática.

—¿Sí?

—Esto es para ti —dijo, ofreciéndole el ramo—. Feliz Navidad.

—Disculpe, no sé quién es usted.

—Lo sé. Digamos que soy un admirador.

Elisa miró hacia un retrato en la repisa donde estaba ella joven con su esposo.

—Lo siento. Soy casada —dijo.

—También lo sé. Pero no creo que su marido se oponga a algo tan inofensivo a que me invite a una taza de té.

Ella dudó, pero ese hombre era tan encantador que lo hizo pasar. Le recordaba a alguien… ¿Sería él quien las había dejado todas aquellas flores?

Sentados frente a frente, entre sorbos y silencios, Elisa rompió el hielo:

—¿A qué se dedica, Señor…?

—Francisco. Soy jubilado. Y estoy perdidamente enamorado de ti.

Elisa tosió, sorprendida, ocultándose detrás de la tacita.

—¡Por favor! Mi marido podría llegar...

—No haré nada que ponga en juego tu matrimonio. Sólo vine a tomar el té.

Ella sonrió.

—Hoy luces hermosa. Como siempre, pero más. ¿Te puedo proponer algo?

Elisa bebió en silencio, sus ojitos movedizos sin animarse a decir nada.

—Un romance —dijo él—. Sólo por hoy. Un juego inocente.

Elisa se sonrojó, bajó la mirada. Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Ella no se apartó. Francisco Miró el retrato de bodas. Allí estaba ella, joven, a su lado.

En la calle, Carmen volvió a saludarlo.

—Y, ¿cómo sigue su esposa, don Francisco?

—Bien. Ella está siempre bien —dijo él, y fue encargar las flores para el día siguiente.

Relato: CON LOS PIES DESCALZOS

Autora: BERNARDA DEL CRISTO RODRÍGUEZ GIL

Los pies descalzos del niño tocaban la arena como quien toca una oración antigua. No eran pasos, eran pétalos de polvo que se abrían al caminar. El Sol, un anciano calvo y bondadoso, le lamía los hombros. Y él, apenas una brizna entre los cayados de la playa saltando de uno a otro, buscando burgados.

Llevaba consigo siempre de la cuerda a su única amiga: una cabrita plateada “la Galana “, bruñida por la bruma de las madrugadas y las caricias del viento.

Su amiga era de esos tiempos que no se pesan ni se guardan, sino que se sueñan.

Ella balaba como si dijera secretos que solo entienden los que no saben hablar del todo.

El niño la escuchaba con los ojos cerrados, como quien oye a Dios antes de nacer.

Candelaria dormía todavía entre las costuras de la posguerra. Las mujeres llevaban el alma en baldes, y los hombres fumaban recuerdos para no morirse de pena. Pero él —pequeño Juan sin cerrojos— seguía inventando paraísos entre piedras y arena, con una cabrita por Eva y un templo como único Edén posible.

La iglesia se alzaba al fondo del pueblo como una madre viuda. Blanca y callada. Sus campanas eran alas detenidas en el aire. Al llegar, el niño ataba la cabrita al último banco, se quitaba la camisa y la extendía como una bandera.

No sabía orar, pero hablaba con las manos.

No sabía rezar, pero sabía esperar.

Allí, bajo la sombra del altar, mientras los santos lo miraban con ojos de madera vieja, el niño acariciaba como siempre el lomo de la cabrita y le decía bajito: “Mañana, si no llueve ceniza, volveremos”. Ella afirmaba, como solo asienten las criaturas que nunca serán sacrificadas.

Y salía, otra vez con los pies descalzos, sembrando en cada huella un milagro pequeño. Orgulloso de su compañera, iba por todas las calles polvorientas del pueblo. Le encantaba detenerse en las piedras donde se ataban los barcos que salían aún con la mar malísima a subsistir de aquella hambruna que azotaba a nuestro pueblo.

La Galana y Juan, bajo la Luz del faro, perdían la mirada entre la espuma, mientras el ruido de motores de los barcos se alejaba y allí en silencio esperaban …

Relato: DE RUIDO A MELODÍA

Autor: ABRAHAM SANTOS PÉREZ

Ventanas cerradas a cal y canto, agua guisada de tila y hierbaluisa, tapones para los oídos...nada era suficiente para sacar de mi cabeza ese insoportable estruendo, culpa de las piedras que arrastraba el mar con cada ola que recogía en la orilla.

De aquella sufrida manera iban transcurriendo las ruidosas noches de marejada tiempo atrás, y que hoy recuerdo compadeciéndome de mi yo de antaño, tan iluso, tan salvaje.

Recién acogido por el pueblo en el que ahora tengo raíces profundas, no sabía ver más allá hasta que por suerte, gracias al maestro tiempo y su infinita paciencia, fui descubriendo el regalo que la madre naturaleza nos estaba brindando.

No estoy seguro si cambió el mundo, si cambié yo, o si lo que pasó fue que comenzamos a entendernos. El caso es que, pasadas unas cuantas primaveras, a diario me tumbo en la cama dispuesto a dormir, y aún ojiplático busco en el techo del cuarto el arrullo del mar, el sonido de las olas rompiendo, preludio de la melodía que ansían mis sentidos, y que interpretan los callados orilla abajo.

Relato: EL ARTE DE LAS PALABRAS

Autor: CARLOS JAVIER PÉREZ RODRÍGUEZ

¿Tú crees en la existencia de otros mundos? sitios con reglas diferentes a las que conoces, donde la creación tomó rumbos distintos desafiando cualquier lógica que crees conocer.

Yo vivo en uno de esos extraños mundos, en un lugar donde no existe el verbo mentir, por qué lo escrito se hace realidad. No necesitamos soldados, pues una mala oración escrita y sin estructura hace más daño que cualquier arma concebida, una realidad donde nuestros bancos son bibliotecas, donde se guardan, los libros y su valioso contenido. Pues en mi mundo todos son escritores.

Las leyes de mi mundo están regidas por el Arte de las palabras, las reglas gramaticales y la construcción de oraciones, siendo la educación escrita, la más importante de todas, pues la interpretación de lo escrito debe ser muy claro, o se crean abominaciones conceptuales que causan daño. Son los escritores quienes crean las dimensiones, usando el arte de las palabras, se crean lugares, algunos frágiles e irreales como una burbuja de jabón, muy frágil, y que aun así flota en el aire contra toda lógica, y otros sostenidos por innumerables oraciones que lo mantienen firme, como parches en un barco para evitar que se hundan por su propio peso, como una presa que puede colapsar con la suficiente presión.

En mi cultura, la construcción de mundo es el arte culmen de cualquier escritor, todos quieren crear suyo propio, pero no todos lo consiguen. Muchos establecen organigramas y siguen reglas o pautas, que funcionaron antes. Pero otros, con experiencia o un don especial, crean extraños y hermosos mundos, o terribles y agobiantes pesadillas donde nadie quiere vivir, torturando a sus habitantes en una cruel realidad.

Cada mundo, por mucho que se parezca a otros, es único, luciendo su propia luz, esa luminiscencia es un pequeño pedazo del alma del autor que le dio vida, que se pegó a él con el esfuerzo y sudor de su trabajo. Dándole vida, según su implicación, es una llama que tarda mucho en apagarse, o que desaparece como el fuego de una vela consumida.

Si ese fuego es lo bastante brillante o candente, bajo ese calor, aquellos que le dan la oportunidad pueden verse guiados, iluminados a crear nuevos mundos, nuevas tierras donde otros no han pisado antes, abriendo puertas a realidades desconocidas, que para bien o para mal, guardarán nueva luz a futuros escritores.

Yo también quiero crear mi propio universo, pero nunca se me dieron bien las reglas gramaticales, siempre cometí fallos, desangrando ojos ajenos a los míos. Pero perseverando, Descubrí mi hogar, aunque antes anduve por extraños lugares escritos por otros, viví, historias de lucha, historias de desesperación, amor y muerte. Allí donde el escritor quiso llevarme.

Entonces comprendí, que para saber cómo escribir, se aprende leyendo, por eso, aún no soy escritor, soy un viajero en el arte de las palabras.

Relato: EL DUEÑO DEL TIEMPO

Autora: MARÍA TERESA SOUSA COUTO

Juan Hofman subió a su máquina del tiempo para iniciar el camino al futuro. Una pequeña explanada hacia el exterior lo contenía con firmeza. Treinta años de investigaciones y pruebas habían dado su fruto. Tuvo la idea de no dejar prueba escrita del proyecto y ser él, sólo él, el viajero del tiempo, ante los ojos envidiosos de todo el celoso mundo científico de todas las épocas: pasado, presente y generaciones futuras. Todos los hombres de todos los tiempos hablarían de él, porque él ya pertenecía al tiempo, o mejor dicho, él eras el dueño del tiempo mismo.

Tomó la palanca con fuerza y emocionado la giró cuarenta y cinco grados. El reloj de la habitación pareció estar inmóvil. Un estruendo poderoso sacudió su ser que se agitó con fuerza hasta que todo volvió a la quietud. Miró la hora nuevamente y con lágrimas en los ojos pudo comprobar que había avanzado dos horas en el futuro en un solo segundo. Maniobró la pequeña máquina hecha nave y saliendo a través de la rampa pudo ver a un grupo de vecinos que corrían. Era curioso, pero no lo podían ver a él. “¡Pobre infelices!”, pensó. No sabían qué nuevo destino le deparaba a la Humanidad. Este pensamiento le retumbó en la cabeza, mientras veían como propagaban una noticia de boca en boca sin importarles las leyes de la Física, las Matemáticas, la Lógica. Al contrario, vio como chismosas mujeres transmitían sus mediocres noticias de boca en boca y algunas las recibían horrorizadas vaya a saber por qué y la volvían a re transmitir como reguero de pólvora.

El científico hizo otro giro de cuarenta y cinco grados y se halló cuatros horas en el futuro. Desde algún punto del espacio vio como hombres compraban flores sin verlo y también sin comprender tampoco la era la tecnológica.

Un nuevo movimiento de palanca y se halló en su casa, seis horas adelante, observando a su esposa. Se le dibujó una sonrisa que se desapareció inmediatamente cuando una visión le heló la sangre. Allí mismo estaba Hofman, velado por las mujeres, los vecinos y su propia esposa, que seguían sin comprender qué había sido esa explosión.

Entonces Juan Hofman volvió al presente y esperó resignado.

Relato: EL NEOLOGISTA

Autora: CARMEN ROSA GONZÁLEZ MARTÍN

Náyades buscaba la parte más estrecha del arroyo para saltar entre las orillas con su canasto de ropa limpia. Lavandera de señoritos, pasaba horas en el remanso del cauce, donde una piedra rugosa jugaba con el jabón escaso que tenía. Con su brazo más corto, donde la mano tenía tres pequeños garfios como dedos, sujetaba las prendas para que no las arrastrara la corriente; con la otra, enjabonaba y frotaba en la batea. El río se alimentaba del afluente de sus lágrimas y le cambió la sal que descendía de sus mejillas por un hermoso pez que, al saltar del agua y llegar a su regazo, se convirtió en bebé. Alimentó a su criatura de algas y caracoles, arrullaba con delicadeza su cuerpo escamoso.

Mientras Anodino crecía, Náyades pudo ver cómo el tiempo cambiaba su imagen reflejada en el remanso. De los hilos grises de su melena, espejados en el agua, se dibujó el rostro de su madre Anahita, quien siempre auguró vida en precario para su hija imperfecta. En un agosto tibio, y bajo la mirada fluvial de su hijo, la misma corriente que bajaba mansa, abrazó sus mohosos huesos y se la llevó delicadamente al fondo. Allí, eternos los días, siguió petrificado el engendro, esperando su turno.

Anodino, ensimismado con el movimiento estático de las piedras bajo las mansas turbulencias del agua del río, se le hizo el otoño sin percatarse. La luz del amanecer no llegó a orbitar cuando una sombra le sorprendió y cubrió su silueta a medio remojar.

—¿Anodino?, ¿de nuevo a la vera?

Cabizbajo y confundido reconoció a la luna de tantos días, pero hoy no será igual, no buscará pretextos, no habrá más esperas imprecisas por el sol. Valiente, al reflejo cegador de plata sobre el riachuelo, se sacudió las escamas, se alzó sobre su cola y saltó, esturiónico, corriente arriba.

Relato: EL OTRO

Autor: ÁNGEL MARIO FERNÁNDEZ DÁRDANO

En el caserón en que estoy hace tantos años hay un extraño espejo. La casa es rancia y está semiabandonada a no ser por el otro que veo pasar de vez en cuando. El espejo es alto como un hombre. Como un hombre alto. El marco, ennegrecido, conserva ángeles apenas visibles, mohosos por la humedad y los años. Algunos están descabezados, y dejan heridas oscuras en la madera. Cada mañana me planto frente a él. La imagen también está quieta, frente a mí. Observo. Me observa. Muevo la mano izquierda, y la imagen responde con la derecha, en esa manía que tienen los espejos de duplicarlo todo al revés. Me peino hacia un costado y la imagen repite la escena hacia el lado contrario. Lo miro a los ojos. Me mira. Sonrío. Sonríe.

Luego de la ceremonia de cada mañana, observo con detenimiento a la imagen que me observa, buscando algún detalle que nos haga diferentes. Siempre igual. Cada día lo mismo.

Un día, como tantos, la imagen se presenta ante mí, ambos frente a frente separados por ese minúsculo universo de un cristal. Me mira. Le miro. Alzo la mano izquierda. Él levanta la derecha.

Sonrío; la imagen sonríe. Pero esta vez… hay algo, como un destello diferente en sus ojos, casi de burla. Lleva su mano a la izquierda del pecho, tocándose el corazón. Sintiendo los latidos. Hago lo mismo a la vez hacia la derecha y entonces el otro se va y me deja solo otra vez, esperándole hasta otro día, detrás de los marcos renegridos por la humedad y el tiempo, aguardando a que vuelva a pararse frente a mí.

Relato: EL PODER DE LAS PALABRAS

Autora: SERGIO ROZALÉN GIL

Antes de que la katana del samurái sesgue su cabeza, el sōhei, monje guerrero, lanza una amenaza mientras mira a los ojos al shōgun: se reencarnará en el hijo que su mujer está esperando. El samurái duda, mira a su señor, quien también vacila, pero acaba ordenando con un leve gesto de su mano que ejecute al rebelde.

Meses después nadie ha olvidado la amenaza del monje, tampoco el shōgun, quien atormentado por el augurio ordena matar a su primogénito. Pero la midaidokoro, su esposa principal, paga al verdugo para que ejecute a otro bebé.

El niño crece en una aldea olvidada protegido por servidores de su madre. Le atormentan desde su más tierna infancia los rumores de un padre que ordenó matarlo y un monje del que dicen está reencarnado.

Cuando llega a la edad adulta lidera una revuelta que acaba por deponer a su padre. El shōgun es decapitado frente a la presencia impasible de su hijo, un hijo en el que todavía retumban las palabras de desesperación y bravuconería del sōhei, palabras que se propagaron en el tiempo para moldear un futuro inevitable.

Relato: EL PUNTITO DE ALCOHOL SOBRE LA I DE SERRÍN

Autor: CARLOS MARTI MEZQUITA

Ciertas noches me veo obligada a conjurar peligrosos exorcismos.

Este último sábado, sin ir más lejos, fui con unas buenas amigas a uno de tantos pubs de moda para disfrutar de algo de música cañera, un ambiente electrizante y la sincera necesidad de olvidarnos de los exámenes recién superados. Las agujas de mi reloj arañaban la siempre diabólica medianoche cuando se me acercó un tío vestido con chaleco oscuro, un profuso tatuaje que cubría su antebrazo derecho y sonrisa lobuna. Amparado por la frenética iluminación circundante y el buen sabor de la copa que sostenía entre las manos, en un principio le tomé por uno de tantos especímenes que gusta de aparecer en las inquietantes noches de fin de semana.

Me saludó a gritos para compensar los decibelios circundantes y me indicó con un gesto la pista de baile tras él. Halagada, pero no interesada, le ofrecí como premio de consolación una sonrisa suave y un claro movimiento de cabeza para hacerle entender que prefería pasar el rato con mis amigas y no conocer a nadie, que estaba tranquila y no me apetecía bailar, que ya tenía una bebida y no quería otra. Sí, todo eso dicho con un mero gesto. Así solía terminar el asunto casi siempre, pero existen las excepciones.

Rápido y sobrado, su mano atenazó mi muñeca, se pegó a mí e insistió su ya no inocente saludo y su menos amable invitación. Comprendí que estaba poseído.

Consiguió que me encarara con aquel tipejo cuya careta acababa de desprenderse. Fuerzas demoníacas le vociferaban que mi opinión no merecía ser respetada y que mi voluntad debía quedar supeditada a sus caprichos varoniles. Era mi deber arrancarle de tal purulenta maldición. Así, alcé mi copa ante sus narices como si fuera a brindar.

— ¡En nombre del Poder Divino, rechazo tu mano sacrílega y tus oscuras palabras! — repliqué a pleno pulmón — ¡Huye de mí y de ese cuerpo, Satanás! ¡Te repudio, te repudio!

Y le bauticé con el contenido de mi copa. Para cuando le di la espalda, él aún actuaba como si no comprendiera nada. Poseso.

Relato: EMPRENDEDOR

Autor: JAVIER VÁZQUEZ LOSADA

— ¿Y cómo sé yo que mi perro no va a sufrir daño alguno?

—Eso, eso, ¿qué clase de garantía nos puede dar?

Eduardo Martín se mordió las uñas como siempre que se ponía nervioso. El estreno de la lavandería canina justo al lado de la tienda de compra de oro había convocado a todos los dueños de perros de los alrededores.

—Tranquilos—les dijo Eduardo—las lavadoras caninas que he inventado son completamente seguras... tanto, que yo mismo les haré una demostración.

Eduardo eligió al efecto la más grande de cuantas había en su lavandería, la destinada a los canes de mayor tamaño. Apretó las teclas necesarias para que el programa se pusiese en marcha y, acto seguido, se despidió sonriente de los expectantes amos y se metió en la lavadora.

Hoy, la mayoría de ellos le recuerda mientras acarician a sus perros con verdadera sensación de alivio.

Relato: HAY UN MONSTRUO BAJO MI CAMA

Autor: CARLOS JAVIER PÉREZ RODRÍGUEZ

Desde que tengo memoria, siempre he temido mirar bajo mi cama, donde el polvo se acumula, las tablas crujen y sueltan serrín si algo presiona, como una vieja puerta chirriante invitándote a abrir. Pero aun así, nunca me atreví a mirar ahí debajo, pues me da miedo lo que pueda encontrar, donde la sombra de debajo de mi cama oculta la verdad.

Pues hubo noches, donde creía oírlo raspar la madera, como si intentara entrar rayando con las uñas, y luego ese extraño tintineo, mientras creía oír un murmullo casi ininteligible, como si buscara llamarme y atraerme, pero nunca quiero escucharlo, no quiero que me atrape, me tapo y huyó de su existencia, intento pensar en otra cosa, alejar mi mente de una pesadilla que cada noche me atormenta, que él monstruo está ahí, esperando, intentando entrar a mi cuarto. Al principio intentaba explicarle a mi madre, quien siempre respondía con voz dura “ya eres mayorcito para creer en monstruos”, y siempre había una excusa, que si eran ratones, el viento, los tablones viejos de la casa, o que si solo eran pesadillas de un infante que empezaba a ser adulto. Algo que debía superar, algo que no debía dejarme arrastrar.

Pero aun así, cuando todo es oscuridad, vuelvo a oír los sonidos, el horror que me mantiene aferrado a las mantas, cubriéndome con una gruesa manta, como una capa protectora que es capaz de parar las balas, cuchillos y garras que crea mi mente, y aun así, tengo miedo de que una mano se arrastre a debajo de la cama, y que agarre mi pie si lo saco fuera de la manta. Por lo que evito respirar, para que no me oiga. Me aferro al móvil, a la consola y a débiles luces que disipen la oscuridad de la noche, pero incluso así, a veces oigo como enfadado de estar encerrado en su prisión, intentó convencer mi mente, mientras aguanto las ganas de ir al baño, pues si pongo un pie fuera de la cama, sé que se enfadara y me atrapará, eso siempre lo enfadaba, y su enfado siempre me aterraba. Pero ya no temeré más, pronto me iré a la universidad, pronto dejaré este viejo y decrépito hogar, donde mi madre disfrazaba su cara detrás del maquillaje, donde mi padre, bebía de la

botella, enchufado al televisor, hasta que algo lo enfadaba y despertaba a la bestia, y entonces atacaba moviendo en un tintineo rápido la hebilla del cinturón, golpeando y raspando la puerta con sus uñas si yo llegaba a cerrar la puerta a tiempo, escapando de su ira, al menos de momento.

Pero ese tiempo ya acabó, un día no volvió, se acabó el hedor, se acabaron los gritos, los golpes y el miedo. A veces venían a preguntar por él, pero siempre decíamos “ya no sabemos de él”. Al menos eso pensaba, hasta que empecé a escuchar los ruidos, que insistentemente se oían bajo mi cama, durante la noche, cuando ni la luna se atreve a asomar, como si un demonio quisiera salir de su terrible prisión. Nunca pregunté, nunca quise saber, preparé mis maletas, mis libros, mi ropa y

mis recuerdos, ya no necesito temer nunca más, dejo mi hogar, dejó este lugar. Beso a mi madre, la abrazo con amor, pero jamás le pregunte, pues no necesito saber, no quiero saber.

Hay un monstruo bajo mi cama, pero jamás mire, pues no necesito saber que está ahí.

Relato: IMPRESCINDIBLE

Autor: FRANCISCO JAVIER GARCÍA MORALES

Una mañana, al despertar, descubrí que era imprescindible.

Quien estaba abajo me necesitaba para impulsarse. Quien estaba arriba, para mantenerse.

Cada paso que daba tenía un propósito. Cada esfuerzo, un destinatario. Cada acierto, un beneficiario. No importaba quien era, sino tan sólo lo que hacía.

Hasta que intenté detenerme.

El de abajo protestó, pues sin mí, su ascenso se interrumpía. El de arriba se irritó, pues sin mí, su altura peligraba.

— Para ellos no eres nadie, pero eres necesario. No decides, pero te necesitan. No existes, pero no puedes faltar – Espetaron al unísono, resignados, tanto el de arriba como el de abajo, dirigiendo sus palabras hacia mí, pero sus miradas entre ellos.

El sistema se tensó, pareciendo sostener mi ilusoria verdad entre los ecos que fueron devueltos por la inmensidad del vacío: «Eres necesario», «Te necesitan», «No puedes faltar».

Pero tal situación perduraría brevemente en lo efímero de un instante, pues pronto el mismo sistema retomó su propio cauce. Y comenzó a destensarse.

Entre los idus de marzo, alguien ya ocupó mi lugar.

Y sin un ápice de cambio, todo permaneció inalterable, pudiendo descubrir, en mi despertar, que nunca había sido imprescindible. Tan solo reemplazable.

«No eres nadie».

El último eco es finalmente devuelto por la inmensidad del vacío, haciéndome desaparecer sin hacer ruido alguno. Sin dejar rastro alguno. Como si nunca hubiese existido.

El de abajo continúa ascendiendo. El de arriba, resistiendo.

Y, aunque ahora ambos renieguen de mi ser, mi alma exhala aliviada concluyendo que yo también he sido parte de este mundo.

Lo recorrí, lo habité, lo sentí.

Y por un breve instante, existí.

Relato: LA AMANECIDA

Autora: GLORIA FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

El príncipe, tras depositar la urna cineraria, camina hacia un otero. Alejado de las plañideras del castro cuece una bebida. Un mago le ayuda, mezclando seis hierbas que simulan el arcoíris: violeta, aciano, lechuga, cebada, salvia y uva. Invocan a la Gran Madre, a Dana.

El druida, vestido de un blanco absoluto, observa el devenir en las vísceras de un niño. Fue sacrificado el pequeño tras el último suspiro del viejo rey, por su mano fuerte y sin duda. Un cuchillo de bronce. Frente a ellos descansan un caldero y una rueda con guirnaldas, que circundan sus radios y eje. Después oye el sabio el mensaje de la diosa Luna, madre de la Celtiberia (así la llamará Plinio), en el crepitar del fuego.

—Ha vuelto a ti.

El muchacho entiende cómo su padre se ha reencarnado en él, quien ostenta ya los derechos del fallecido.

—Ahora ¿qué he de hacer? —pregunta, eufórico, ante el espectáculo de colores y formas que regala la pócima. Bellas mujeres danzando, en altiva desnudez, con saliva dulce como miel de abeja. Olor a carne y vino, a ciervo y a tierra tras la lluvia.

—Entrega este muérdago al escalón del túmulo. Nos anunciará si se aproxima algún dios.

Vuelven antes de la amanecida. La tumba monumental, que se había comenzado a construir tras la aceptación del rey, va prolongando una sombra como un dedo negro. Una gran torre, digna de él. Deja el joven la planta sacra en el basamento escalonado. Sobre él se yergue la figura de un toro.

El sacerdote formula al aire las eternas preguntas del destino. El silencio, con su prudencia, responde.

—Comenzad a preparar mi tumba —ordena el muchacho.

Entonces, y solo entonces, aparecen los hombres, mujeres y niños. Asustados, miran el suelo. Algo les ciega. Sale el dios Sol, porque se complace en este nuevo monarca. Y un grito poderoso, que hace vibrar las entrañas del orbe, se une a la música de las trompas.

Relato: LA MEMORIA DE LA SAL

Autor: JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ LÓPEZ

A principios de julio, cuando la escuela ya había cerrado y se había terminado la segunda zafra del tomate, antes de que se comenzara de nuevo la temporada de plantación, mi padre regresaba de Arico con el camión nevado de tierra amarilla y fino jable incrustado en las ruedas.

Los días previos a la luna llena era el momento propicio para llenar el volquete con jergones, mantas, tablones e innumerables bártulos, sin olvidar los laperos, las cañas y las pandorgas que había tejido mi abuela María tramando pacientemente hilo de cobre dentro de un aro de hierro.

Bajábamos todos apiñados en el camión, como si de un éxodo se tratara, y nos instalábamos en La Hornilla. Allí había varias cuervas, no muy profundas, cuya sombra era ampliada por mi padre y mi tío Daniel desplegando y tensando el grueso encerado del camión, a modo de visera, atándolo a varios salientes de piedras con unas sogas de esparto que ellos llamaban “vientos”.

Una vez acomodados bajo aquella improvisada jaima, las chicas y los muchachos nos íbamos a coger huyonas debajo de las piedras del callao, las mujeres se encargaban de preparar la comida y organizar los asentaderos y los hombres salían a pescar con la marea alta. Las huyonas, diminutos cangrejos negros, los íbamos acumulando dentro de

una vieja lata de aceite que, cuando la cantidad de crustáceos no dejaban ver su fondo, debíamos acercársela a los pescadores para que no les faltara carnada que poner en los anzuelos.

La mayoría de veces mi padre y mis tíos conseguían pescar viejas, palometas y algún sargo y se le veía muy eufóricos, pero otras veces volvían de vacío al campamento alegando que la Luna no era de pescado por lo que había que coger los bicheros y regresar al varadero en busca pulpos y morenas.

En la bajamar, las mujeres bajaban al callao para coger lapas, burgados y algunas almejas, como ingredientes estrella de los arroces amarillos

que luego preparaban. Las lapas y las almejas se separaban con facilidad de la concha al escaldarlas con agua hirviendo, pero los burgados, después de escaldarlos había que extraerlos uno a uno de su concha espiral pinchándolos con una aguja y tirando hacia afuera. Era una labor de paciencia y habilidad para no dejar una parte de su carne dentro del caparazón.

Por la noche, mis abuelos Juana y Enrique, se encargaban de encender una fogata y, a su calor, nos contaban apasionantes historias extraídas de sus recuerdos, que todos nosotros escuchábamos con cierta incredulidad.

Aquellos días salados, marcados por las mareas y las olas, por las comidas con sabor a mar y los improvisados relatos nocturnos fueron los que alimentaron toda mi infancia.

Relato: LECCIÓN DE HISTORIA

Autor: JUAN IGNACIO FERRÁNDIZ AVELLANO

La primera claridad de la mañana apareció anaranjada sobre el horizonte. Los cuerpos y las armaduras con tenues destellos aparecían y desaparecían como almas entre los girones de niebla que se deslizaban sobre el suelo.

Flotando por encima de la calígine emergía el trapo de un pendón

atravesado por las flechas y se agitaba desgarrándose con los primeros alisos. El sol se asomó, como un recorte de uña, dispersando la boira y los primeros pájaros revolotearon sobre el sotobosque empapado de sangre. Con la primera luz, las armaduras tiradas lanzaban infinidad de destellos desde la explanada. Un cuervo escarbó por dentro de un yelmo abierto y alzó el vuelo portando un ojo con el pico. El tímido sonido de algunos roedores hurgando bajo las espaldas tumbadas despertó a la vida oculta en la floresta. Bandadas de pájaros se agrupaban sobre las heridas abiertas. Un zorro saltó entre los escudos, los ligamentos tajados, los pechos abiertos y olisqueaba los cuerpos sin resolver por cuál decidirse. Terminó llevando entre los colmillos un brazo desprendido del tronco que aún sujetaba una ballesta. Subió la temperatura y las rachas de viento expandieron el hedor por los pueblos cercanos. Una alabarda clavada en el suelo se desplomó tiñendo de sangre el humus.

Un buitre planeaba, calibrando la extensión de la carne desperdigada sin que sus ríspidos aleteos le permitieran alcanzar su límite y, tal vez, alegrándose, si es que los buitres pueden hacerlo, del buen invierno que iba a tener.

En los libros, ese día la frontera se desplazó diez kilómetros.

Relato: LLUVIA

Autora: HERMINIA DIONIS PIQUERO

Querida tía Pilar:

Ahora que tú también vives lejos de la ciudad en que nacimos y que tanto queremos, (de hecho, tú mucho más que has cambiado hasta de país), me preguntas si alguna vez he soñado con volver. Y si mi madre, que ya no está con nosotros, no lo pensó porque se le hizo fácil adaptarse al nuevo destino. Como no pudiste venir a despedirnos, te contaré cómo fue esa última mañana.

Lo primero que recuerdo es que mamá me había abrigado mucho. Era un principio de primavera heladora en Zaragoza, ya conoces sus rigores.

La ropa me hacía caminar a trompicones mientras su mano tiraba de mí. Tanta prisa tenía que me hizo beber de un golpe el chocolate hirviendo que nos habían servido en la cafetería de la estación. Me abrasé la lengua, pero no se lo tuve en cuenta, parecía muy preocupada. Eso sí, desde entonces odio las bebidas humeantes.

Subimos al tren que nos llevaría lejos, papá tenía un nuevo trabajo en Barcelona y dejábamos todo lo conocido atrás.

En el compartimento sólo recuerdo al soldado de aviación que ocupaba el asiento de al lado de la ventana. Sus ojos eran del mismo color azul intenso que su uniforme, pero con más brillo. No sabía que los hombres pudieran ser guapos, pero aquél joven, aquél joven con ese celeste profundo en la cara, era distinto a los que había visto antes.

En el cristal resbalaba la lluvia que nos acompañó durante todo el viaje. Por dentro se enturbiaba con los alientos de los pasajeros.

—Llueve, en catalán, se dice “plou” –me contó simpático-

—Plou –repetí como buena alumna mirando a mamá.

Ella asintió intentando sonreír, aunque también por su cara resbalaba la lluvia.

Relato: LUTO

Autora: MARÍA DE LA CRUZ CAMPOS GONZÁLEZ

Cuando éramos felices vivíamos en la casa familiar bajo el gobierno de una sola reina: mi abuela. Ella lo decidía todo y nosotros, sus súbditos entregados, la obedecíamos con adoración. El momento en el que se le escapó la vida los relojes siguieron avanzando, igual que los días, las semanas, los meses y las estaciones, pero mi existencia quedó en firme estatua, en la más absoluta orfandad.

A los hombres y niños de la casa se les cosió un botón sobre el bolsillo, junto al corazón, a mí no. A mí, que era la única niña, me quitaron los colores y tiñeron mis ropas de negro, como al resto de mujeres. Lloré cuando sumergieron mi vestidito rosa, mi blusa blanca, ya sin encaje, y mi falda nueva de organza en la negrura del barreño metálico sobre la lumbre. Los vi naufragar en el patio, ahogarse en la oscuridad, dar vueltas con un palo hasta que perdieron la vida y quedaron negros también. Tintaron de noche mis ropas y cubrieron mi pelo con un pañuelo del mismo color, luto decían.

La casa se cerró como el féretro en el que se llevaron los huesitos de mi viejita querida. Se trancaron las puertas, se clausuraron las ventanas, se suspendieron las visitas, se cubrieron con velos los cuadros, se retiraron los espejos, igual que las flores frescas que solían alegrar todos los rincones, luto repetían.

Los olores también se fueron. Pronto advertí que se habían llevado con ellos los suculentos platos que en tiempos de la matriarca salían de la cocina para abrazarnos el alma y despertarnos el apetito en cualquier rincón de la hacienda donde nos encontráramos. Por razones prácticas nos seguimos sentando a la mesa frente a comidas sencillas. Tampoco la conversación tenía cabida, mucho menos las historias o los cuentos. A compartir nuestra mesa se sumaron, como si fueran siamesas, la austeridad y la frugalidad, luto sostenían.

Mis primos y mis hermanos continuaron con sus juegos y sus aficiones en la calle, yo no. Yo quedé presa dentro de aquel ataúd familiar. Los

repelones en los codos, las mataduras en las rodillas, las manchas en las ropas, los flequillos sudorosos, los mofletes colorados y las pecas encendidas los delataban. Si yo hubiera podido habría hecho igual. No había nada que objetar, volvían a casa con el botón en su lugar. En la calle carreras, saltos, desafíos y risas, en la casa silencio y respeto, luto insistían.

Con toda la valentía que aquella mañana de lluvias y claros pudieron reunir mis nueve años aún por cumplir, decidí que era el momento de dejar de ser niña, porque era lo más aburrido del mundo. Pasé por la cocina y, a falta de las galletas de otros tiempos, metí en el morral dos manzanas y los trozos de pan seco que encontré. Tuve suerte, nadie me vio. Luego me colé en la alcoba de mi hermano. Me puse su ropa, los zapatos no. Me quedaban grandes, usaría los míos. Desde el pasillo abrí con cuidado la puerta del cuarto de la costura. Metí la cabeza despacito. Estaba desierto. Entré. Cogí la lata de los botones y me cosí el del luto donde iba. Después me metí un puñado de los más coloridos en el bolsillo, por si con el cambio se volvían boliches. Antes de salir, con las tijeras buenas, me corté rente las dos trenzas y las dejé en el suelo formando una cruz para que me protegiera de la reprimenda que tal vez me caería. Solo entonces, con el morral cruzado sobre el pecho y mi ropa de permiso para todo, salí en busca del arcoíris donde tendría que orinar...para convertirme en niño y volver a vivir. Hasta el nombre tenía decidido, uno inquebrantable, con fuerza, que doblegara a todos: me llamaría Luto.

Relato: MANOS DE SAL

Autora: BERNARDA DEL CRISTO RODRÍGUEZ GI

Cuando el Sol besa las fachadas de las casetas azules, como un templo que se alza en las mañanas, como sacerdotisas de la mar, sacudiendo el delantal, trabajan las manos de sal.

El hielo, un manto brillante, custodia tesoros de escamas irisadas. Las Doradas lucen como monedas antiguas recién descubiertas, los Salmonetes exhiben un rosa nacarado, y las Bogas yacen como reinas silenciosas en su lecho helado.

Los aromas se entrelazan: el yodo punzante, la dulzura sutil del marisco y un perfume ancestral, evoca la inmensidad del océano.

Con los cabellos blancos trenzados, y la sabiduría de incontables amaneceres junto al mar, mueve las manos, con la gracia de una danza antigua mientras limpia la Salema, cada movimiento es un acto de amor, una conexión íntima con el fruto del mar.

Heredó el oficio de su madre, y en cada escama que retira, siente el latido de una tradición que se niega a morir. Sus dedos ágiles son un puente entre el pasado y el futuro, asegurando que el sabor del mar siga vivo en las mesas de Candelaria.

A medida que el sol asciende, tiñendo el cielo de tonos ámbar, el muelle se llena de vida. Las conversaciones fluyen como las olas, más allá de la venta, hay un lazo invisible que une con el mar, conocen su ritmo, su secreto, su furia y su calma.

Han visto amaneceres de esperanza y tormentas que desgarran el alma. Sus ojos reflejan la inmensidad del océano, la fragilidad de la vida y la certeza de que cada día es un regalo.

Y al final del día, cuando el bullicio se apaga y el sol se despide en un abrazo de fuego, recogen con la serenidad de quien ha cumplido su cometido.

Sus cuerpos cansados llevan la huella del mar, y sus voces, el eco de un canto silencioso, que se cuela en el asfalto, recorre los balcones y hasta la misma iglesia llega como un rezo por la tradición y el amor incondicional al mar que las nutre y las define.

Quizás, al imaginar esta escena, al sentir la calidez y la profundidad de sus miradas, una lágrima silenciosa pueda asomar, un tributo a la belleza sencilla y profunda de estas mujeres, guardianas del sabor y la esencia de sus manos de sal y espuma de todo el litoral.

Relato: MI ABUELO Y YO

Autora: MARÍA GARCÍA BELLO

Era martes, yo jugaba en mi cuarto. Casi siempre, estaba solo unas horas por la tarde, desde que mamá decidió acabar su tortuosa relación de pareja con mi padre (eso decía mi abuela). A mí, la verdad, me hizo muy feliz. Los gritos abandonaron la sala, los golpes ya no le dejaban marcas en su cuerpo; se podía oír y sentir los silencios. Y cuando escuchaba la llave en la cerradura, sabía que era mi madre. Que ella me daba un abrazo y decía, ¿qué ha hecho mi hombrecito, hoy, en la escuela? Me preparaba la merienda, un bocadillo de nocilla. A mí me encanta la nocilla y la mantequilla. Yo la observaba, ella cantaba bajito mientras preparaba una infusión. Me miró y sonrió. Y recordé, el humor.

Lo del humor, lo aprendí de mi abuela, ella decía siempre: “¡hoy, no estoy de humor!”, ” ¡hoy, me levanté con mal humor!”. Un día, le pregunté qué era el humor, ella se quedó unos instantes mirándome sin contestar, respondió con otra pregunta - ¿A ti quién te ha dado vela en este entierro?- Mi abuelo que la escuchó, dijo- Esa respuesta, Daniel, es mal humor- ¡Pero, mujer, cómo le dices eso al niño¡- le replicó él.

Decidí buscar la respuesta en otro lugar. Para ello, le pedí prestado el móvil a mi madre. Busqué en Google, que decía mi abuelo, que era el apóstol del siglo XXI. Y, sí, mi madre, hoy, está con los hombros rectos y sonríe. Empecé a saborear mi bocadillo, mientras ella tomaba su infusión. Me dije a mi mismo, ¡es genial estar de buen humor!

Escuchamos una llave girar en la puerta, mi madre no había cambiado la cerradura. Empezamos a temblar y se nos puso cara de pánico. Cuando se abrió la puerta, era mi abuelo. Corrí a abrazarle, ¡parece que esperaban a Joker!, dijo.

Y comprendí que el buen humor está condicionado al espacio, a las personas, a las situaciones. Hay personas con buen humor siempre, y entre ellas estaba yo y mi abuelo.

Y me prometí a mí mismo no perderlo, nunca jamás.

Relato: MONÓLOGO CON CARIÑO

Autora: MIRAVAL

Pues no sé a qué viene eso que me dijo la Pepi hace un rato en la entrada. Me enfada que se meta conmigo. Todo el día se lo pasa en las ventanas acechando y luego le parece mal que yo le haga un comentario sobre Isabel, la de al lado. Pues no dije mentira. Yo la veo a esa mujer todas las tardes yendo a los centros comerciales —o yo qué sé adónde va, ella dice que al parque—, y se lleva los chiquillos con ella; claro, en vez de ayudarlos a hacer las tareas. ¡Pues vaya una madre!

Yo no tengo tiempo ni de salir a la plaza, con tanta tarea del colegio y con preparar las comidas del día siguiente, porque, eso sí, mi marido se lleva la comida de casa, y ella, no sé cómo lo hace. Me parece difícil que esos niños saquen la escuela adelante, sin tiempo para estudiar. Pero mira, parece que les dan la beca y todo —me dijo el otro día—, las dos: la del Cabildo y la del Ministerio. Claro, como ellos no llegan bien a fin de mes, pues será por eso, porque a mí me la denegaron este curso con lo de que Paco es funcionario. Y, además, Carlitos, el del medio, tiene una discapacidad y la pobre tiene que ocuparse de todo con él. Hasta de ducharlo y darle la comida, y cada rato al baño, porque no se aguanta la orina. Me ha dicho que a veces le pone pañales para descansar un poco, pero son tan caros que no puede abusar. Menos mal que le dan algunos paquetes en la Seguridad Social, me dijo. Y también que lo llevan a un colegio especial y se pasa la mañana allí. Al menos eso le da un alivio a la pobre Isabel, aunque se pega unos madrugones tremendos para ponerlo a tiempo a coger el micro del colegio. Creo que también el mayor la ayuda mucho con los otros dos, porque la niña es aún muy chiquita, aunque ya la pone a barrer y todo, que yo la he visto, y a doblar ropita.

Sí, yo sé que ella es muy sufrida, la verdad, y tan joven todavía, pero sigo sin entender que salga todos los días y se vaya por ahí como si no hubiera un mañana, porque no hay tarde que no se los lleve fuera. Pareciera que la casa le quema. Claro que tampoco me extraña, porque, cuando están todos juntos y el marido no trabaja, no se oye sino a él, yo creo que es un machista de primera, a decir verdad, porque yo lo oigo.

Ella, la pobre, es cierto que pasa la mañana entera traquinando en la casa. Eso lo sé, sí, porque a veces me invita a tomar un café, sobre las once, y es un rato muy bueno que pasamos alegando y contándonos nuestras cosas, pero no sé yo, esa manía de salir tanto por la tarde va a acabar con su cartera. Y no es que el marido le diga nada, por lo menos no se mete con eso, no como el mío, que siempre esta enfurruñado si le digo que quiero salir un rato. Él no, él solo quiere que nos sentemos a ver la tele desde el atardecer. Menos mal que me gusta mucho ver el Pasapalabra y me entretengo, porque si fuera por él yo no veía la luz del sol. Lo que no sabe mi marido es que por las mañanas salgo siempre, a comprar algo y a traer el pan, y así me desquito de esta casa que se me cae encima. Pobre Isabel. Voy a ver si llegó ya.

Relato: NAKUPENDA

Autor: CARLOS FERNÁNDEZ SALINAS

«Bienvenida, doctora Palsson». La mujer estiraba los ojos por detrás de las gafas descifrando el cartel donde yo había escrito su nombre. Era una islandesa fornida, de pelo bermejo y piel de harina. La mochila de montaña amenazaba su equilibrio. A pesar de vestir bermudas y una camiseta de tirantes, en la frente lucía perlas de sudor.

—Has escrito mal mi apellido –me reprendió rijosa—. ¿Tienes nombre?

Ofendido por el tono, respondí:

–Nakupenda, doctora…

–Llámame Kystumig.

Subimos al jeep donde me exigió que nos dirigiéramos al lago Manyata sin dilación. Kystumig no era una mujer que especulara con el tiempo. Durante jornadas recorrimos una selva donde los vientos que descienden del Kilimanjaro favorecen una flora insólita. Kystumig tenía un plan de trabajo trazado en un mapa que había estudiado a conciencia. «¡Nakupenda!», me requería a todas horas. Había días en los que acababa extenuado. Yo le rogaba que cuidara su piel del sol y de los mosquitos, pero nada la detenía. Reconozco que su tesón acabó conquistándome.

El día que la dejé en el aeropuerto no me pude contener:

–No me llamo Nakupenda. Ni siquiera es un nombre. En suajili significa «Te quiero». Pensé que sería divertido que me llamase así.

La doctora, que ya se encaminaba hacia el control de pasaportes, sonrió con dulzura.

–Yo también me inventé mi nombre.

– ¿Qué significa «Kystumig» en islandés? –le supliqué a voz en cuello.

Ella volvió sobre sus pasos y me regaló un beso en los labios. Luego se alejó corriendo.

Relato: ODISEA

Autora: MARÍA TERESA PÉREZ GÓMEZ

La historia se remonta a la primera mitad del siglo XX, en La Gomera. En esta isla, abrupta y maravillosa, la tierra era fértil. Predominaban las plantaciones de tomateros y plataneras, cuyos frutos eran los más demandados en el extranjero. Las faenas del campo dependían del esfuerzo humano y animal: mujeres, hombres y bestias cargaban las cosechas en canastas, por caminos escabrosos, hasta arribar en los embarcaderos.

A finales de la primera década se empezó a maniobrar con pescantes, una obra de ingeniería, a pie de mar, que facilitaría el transporte en un momento de desarrollo agrícola. Pero varias crisis socioeconómicas y políticas ralentizaron todo proyecto de infraestructura. No habría carreteras hasta mediados de los años cuarenta. La isla no se libró de las consecuencias de la Guerra Civil Española. Ante la escasez de alimentos, la crudeza del trabajo y los escasos salarios, la clase obrera emigró a otros lugares.

«Nosotros: mis padres, mis hermanos y yo nacimos en Hermigua. Yo era el menor de siete hermanos, tenía ocho años cuando mi padre me contó la historia. Por su tono, supuse que algo importante se avecinaba. Él era un experto en el tratamiento de las plataneras, donde pasaba la mayor parte del día. Por las tardes, cuidaba de las vacas que poseían los dueños de la finca. A veces lo acompañaba para contemplar cómo los chorros de leche salpicaban la espuma, y me volvía a casa con los bigotes blancos.

Una tarde de domingo, el silbo de mi padre me taladró los oídos. Solté la pelota de trapos y corrí a casa. ¿Qué habré hecho?, pensé. Su mirada era tierna, me sentó sobre sus rodillas y me dijo: «Ramoncín, ahora vas a ser el hombre de la casa, mañana me voy a Tenerife, donde me esperan tus hermanos. Allá, tenemos vivienda, trabajo y escuela. El próximo mes, mamá, tu hermana y tú se reunirán con nosotros».

Llegó el día, caminamos hacia el pescante, el sol seguía perezoso y las nubes predecían llanto. Íbamos callados. Yo pensaba en lo que dejaba

atrás: mi abuela, los amigos y la leche de vaca. Nos metieron en un cajón, en el mismo por el que embarcaban los animales y la mercancía. Mi madre nos abrazaba mientras escuchábamos las quejas de la grúa por el balanceo del transporte, sobre un mar furioso. Nos alojaron en una barca y nos llevaron mar adentro para izarnos a un barco mayor con destino al muelle de Tenerife. Mi padre nos esperaba con los brazos abiertos. Nos fundimos en un abrazo y luego, mi hermana y yo, lo llenamos de besos dulces y salados».

Relato: SE LLAMABA ULISES

Autora: ALEXANDRA MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Mi gato se llamaba Ulises. En los veranos caniculares de La Viuda se tendía bostezando sobre los callaos de la playa. Abría su boca de pescado una y otra vez. Inhala. Exhala. Dale que te pego con esos bostezos contagiosos, sinceros. Y maullaba. Cuánto maullaba. Qué bien lo hacía.

Yo miraba desde el porche de nuestra casa blanca. Y Jonay también miraba. Nos sonreíamos. Luego a Ulises, también, como en una eternidad embotellada al por mayor. Veinte años tenían esos dos que se parecían, pero que no éramos nosotros. Al menos no los nosotros de ahora.

Todo cambió cuando el tiempo se hizo viejo de repente. Ulises murió. Los veranos siguieron, caniculares, en La Viuda, pero ya sin él. Solo estaban aquellos dos que cada vez se parecían más a nosotros ahora, en aquel porche silencioso, cándido y lúgubre.

Esperábamos a la despedida del día para entrar en un solitario lienzo pintado a cuatro manos a través de las décadas, ese colmado de cuadros y libros, de vinilos y fotografías antiguas, de jóvenes familiares, pero desconocidos. Recuerdos todos ellos en un sepia envejecido adrede, un feliz pasado que se agolpaba en un pretérito imperfecto. Y Ulises entre ambos. Siempre entre ambos.

También el condenado espejo. Su reflejo no tenía nada de país de las maravillas. Tampoco yo de Alicia. Si alguna vez había sido una Alicia, desde luego, aquel tiempo ya había pasado.

Reconocí en varias ocasiones a Baby Jane en ese vestido veraniego azul que me negaba a abandonar, como había abandonado a Ulises. La flacidez cómplice, los mohínes antaño seductores de mis labios que se habían quedado inmortalizados en el rostro mortal. Aquella tarde en la playa cuando no me eché al agua a buscarlo.

Me acerqué a los dos féretros gemelos. En el contiguo, un alma muerta roncaba. Se revolvía. Un fantasma de ojos de guapo viejo cerrados al

que miraba y no reconocía a menos que rebuscase entre las páginas más polvorientas. En los pliegues de sus patas de gallo.

Esta vez no siguió el ritual de cada muerte del día. No me quité la dentadura postiza. No me desmaquillé. Tampoco me desvestí, ni me aflojé el corsé. No. Aquella noche solo me recosté junto a Jonay, en nuestro mausoleo, solemne y elegante, a la espera de que llegase la mañana ácida y primordial en la que volviera a engañarme repitiéndome que aún era joven. Que mi hijo no se llamaba Ulises. Que mi hijo Ulises no estaba muerto.

Relato: TOMÁS FALSAS

Autora: SERGIO ROZALÉN GIL

- La Humanidad lanza un mensaje de fraternidad…

- ¡Corten!

El director se levantó, sus ayudantes trataron de entender lo que había pasado.

- Stanley, ¿todo bien? –preguntó uno.

- ¡No! –gruñó el director–. ¡Es una frase de mierda! ¡Guionistas!

Mientras los llamaban, el actor vestido de astronauta seguía subido a la escalerilla de la

nave y preguntó:

- ¿Qué pasa?

- ¡Nada, Neil, tú sigue ahí! –gritó desde la distancia uno de los ayudantes.

- Stanley, aquí están los guionistas.

- ¡Necesito otra frase! ¡Y la necesito ya! –bufó el director.

Todos se concentraron, buscando la inspiración a martillazos: ...saludamos al Universo… caminamos hacia las estrellas… al infinito y más allá… un pequeño paso para el hombre…

- ¿¡Quién ha dicho eso!?

- He sido yo… –susurró Brian, el becario.

- ¡Sí! Es un pequeño paso para el hombre… –el director comenzó a recitar de forma solemne, pero chasqueó los dedos porque no sabía cómo acabarlo.

- …pero un paso gigante hacia… los corazones del universo – balbuceó Brian.

Stanley se quedó pensativo, sus ayudantes contuvieron la respiración.

- ¡Perfecto! ¡Rodamos!

Y siguieron con la toma 28.

Llegaron a rodar varias docenas más…

Relato: UN ADIÓS SERENO PARA UN HOLA ETERNO

Autor: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DE LEÓN

Lirio, mi novia, salió a toda prisa en cuanto la avisé de la hora que era. Llevábamos algo más de un mes viviendo juntos y, ese día, se dejó el ordenador encendido. Quise apagarlo, pero al ver las treinta y ocho páginas que tenía de publicaciones y fotos de Carlos, mi hermano gemelo, no me atreví.

Desde ese mismo día me dediqué a imitarlo, su manera de andar, su mirada e incluso sus diferentes formas de reír. Copié su vestimenta, alquilé un estudio igual al suyo y lo decoré de la misma manera. Aprendí a peinarme igual y compré su perfume favorito. No solo hice caso a los recuerdos, aproveché toda la información de las páginas que nos había dejado en las redes, no quería que se me escapara ningún detalle. Con Lirio no tendría ningún problema, ella era puro caos, como las gotas de agua en una cascada, incapaz de darse cuenta de nada más, que de sujetarse a lo más próximo. Y lo más cercano, sería yo.

Lirio, cuando no estábamos juntos, tal vez seguía pensando en Carlos, pero eso no impedía que disfrutáramos de nuestros besos, que cada gota de sudor que desprendíamos al hacer el amor, fuera sentida por nuestras sábanas, como solo la verdad es capaz de vivir sin hacer jirones a la mentira. Ella, cada vez se acercaba más a mi Carlos, quedaba con él para cenar, para dar un paseo por la playa bajo la atenta mirada de la luna; visitaba su estudio y admiraba su talento artístico para la decoración. En sus largas charlas filosóficas, siempre terminaba hablando de la muerte, pero jamás pronunciaba mi nombre.

Anoche le contó a mi Carlos que desde que empezó a salir conmigo, sus sueños eran recurrentes: aparecían cabezas colgadas de las nubes y cuando sus alas la acercaban, descubría que todas tenían la misma cara, la de ella. En ese instante, dos espejos exactamente iguales, tiraban de ella hacia la cama, en uno de ellos se podía distinguir el cuerpo decapitado de su novio en una estación de tren, mientras que en el otro aparecía la cabeza.

Y hoy, he decidido viajar. El tren está a punto de llegar y estoy de pie, en el borde del mismo andén del que partiste. Puedo ver tu cuerpo sobre el raíl, tu sonrisa reflejada en los ojos con miedo de aquel maquinista. Y comprendo, que me has enviado a Lirio, para que al fin volvamos a estar como nos creó mamá, juntos.

Relato: UN HUECO EN LA MINA

Autor: JUANMA RUÍZ SUÁREZ

¿Que cómo me vi metido en este embolado? Pues por gilipollas, por supuesto.

En lugar de imitar a mis compañeros y buscar una excusa para no entrar en aquel maldito agujero, vacié mis pulmones en una sonora carcajada, llamé cobardes a aquellos hombres que me rodeaban —mineros avezados todos ellos— y me adentré en el hueco que habíamos descubierto poco antes con el corazón retumbando en mi pecho a ritmo de batucada.

En nuestro trabajo no es habitual toparse con galerías no catalogadas, sobre todo desde que la tecnología es capaz de avanzar cualquier veta, cada bolsa de gas, la más mínima variación en la densidad de la roca que horadamos. Sin embargo, ninguno de aquellos cacharros pudo anticipar la aparición de esta oquedad, y solo cuando quedó por fin al descubierto los aparatos empezaron a dar lecturas absurdas que indicaban que aquella solo era la entrada de una rampa que se adentraba en línea recta hacia las entrañas de la tierra. Si a esta circunstancia se sumaba la luz tenue y los sonidos desconcertantes que manaban de la hendidura, parecía más que justificada la reticencia que invadía el ánimo de todos, por muy brabucones que nos mostrásemos algunos.

Así que allí estaba yo, arrastrándome por un túnel como miles de veces he hecho antes, pero sintiendo tanto miedo como la primera vez que me introduje en uno.

La galería daba a un espacio de grandes dimensiones donde un sinfín de criaturas fantasmales danzaban alrededor de una fogata de un color verde enfermizo, y comprendí que bailaban así porque celebraban que su espera había concluido… ¡por fin eran libres!

Tal vez la humanidad tendría alguna oportunidad si lográramos evitar la confrontación con semejantes espectros, sellando el túnel con una carga explosiva que colapsara la entrada.

Pero no seré yo el héroe que ponga sobre aviso a mis compañeros y a las autoridades.

Porque en cuanto asomé la cabeza por la cavidad, ellos detectaron mi presencia y no tardaron en capturarme. Porque, aunque yo no puedo tocarlos, ellos no tienen el menor problema en traspasarme para dejar tras su estela una insondable sensación de tristeza, al tiempo que pueden cobrar solidez para torturarme con sus firmes garras: tan pronto me arrancan una víscera sin necesidad de rasgar mi piel como se adentran en mi mente, escarban en mis recuerdos y extraen de mi cerebro cualquier información que les pueda ser útil.

Hemos abierto la caja de Pandora, y a mí solo me cabe el dudoso honor de ser la primera víctima de nuestros verdugos.

Relato: UNA AGUJA EN UN PAJAR

Autora: MARÍA CANDELARIA RUÍZ PACHECO

Trepas por la montaña de pinocha detrás de tu amigo. Lo persigues entre quejas y risas. Usas manos y pies para escalar, te hundes con cada pisada y sientes como se te clavan en todo el cuerpo las secas agujas de pino. Bajas rodando y vuelves a la cima, una y otra vez, picada pero feliz.

Oyes la llamada materna y te intentas recomponer: sacudes las acículas de la ropa, de los zapatos, del moño, y percibes, asustada, la desnudez de tu lóbulo derecho sin zarcillo, un arito de oro que sí palpas en la otra oreja. Una congoja súbita borra el gozo de la tarde. Piensas en el dolor de tu madre cuando se entere, y no puedes contener el llanto. Tu cabeza reproduce en bucle su voz emocionada, contando que el día en que naciste tu abuela se desprendió de la única joya que poseía.

El padre del niño remueve el montículo con la horqueta, pero el zarcillo no aparece. En casa ocultas la pena, no quieres contar nada hasta la mañana siguiente para que solo se perturbe tu sueño. La angustia despierta con el día.

Suenan golpes madrugadores en la puerta. Tu amigo, con una sonrisa mayor que su cara, te trae la aguja del pajar dentro de una cajita de fósforos.